



MINISTERIO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA Y PREVISIÓN SOCIAL

BIBLIOTECA ARTIGAS

Art. 14 de la Ley de 10 de agosto de 1950

COMISION EDITORA

Prof. JUAN E. PIVEL DEVOTO
Ministro de Instrucción Pública

MARÍA JULIA ARDAO
Directora Interina del Museo Histórico Nacional

DIONISIO TRILLO PAYS
Director de la Biblioteca Nacional

JUAN C. GÓMEZ ALZOLA
Director del Archivo General de la Nación

COLECCIÓN DE CLÁSICOS URUGUAYOS

Vol. 79

JOSÉ ENRIQUE ROBÓ
EL MIRADOR DE PRÓSPERO
-Tomo I

Preparación del texto a cargo de
JOSÉ PEDRO BARRÁN y BENJAMÍN NAHUM

JOSE E. RODO

EL MIRADOR DE PROSPERO

Prólogo de
CARLOS REAL DE AZUA

TOMO I

MONTEVIDEO
1965



PROLOGO

Al iniciarse la segunda década del XX, y al trasponer sus cuarenta años, Rodó era uno de los pocos escritores latinoamericanos de su tiempo — entre los de evidente importancia — que no había recogido en volumen sus páginas sueltas. Y esta omisión adquiría, hacia esos tiempos, peculiar relieve. Porque, como alguna vez se ha observado, fueron justamente textos breves y todo lo que esa brevedad conllevaba de fragmentarismo, de heterogeneidad, de impresionismo, de libertad, los que mejor caracterizan la prosa del período novecentista. Congregando notas periodísticas, Darío ya había publicado hacia ese tiempo “Los Raros”, “Peregrinaciones”, “España contemporánea” y otros conjuntos similares. De colecciones también resultaban varias obras de Manuel Díaz Rodríguez, considerado por tantos el mayor prosador de la escuela modernista. Y los “croniqueurs” de asiento parisino — era el caso de Enrique Gómez Carrillo — volcaban regularmente sobre el mercado libresco de lengua española la corriente de sus “impresiones”, sus “siluetas”, “sus visiones” y “sensaciones”. Autores más graves — y especialmente devotos de Rodó — como lo eran Francisco García Calderón y Pedro Henríquez Ureña habían marcado sus principios con este tipo de volúmenes y este también era el caso entre nosotros de Alberto Nin Frías, tan próximo igualmente al “Maestro de Ariel”.

En verdad, todo escritor que realice lo que se llama una “carrera literaria” no concibe sin resistencia dejar

sus textos menores en la marginalidad relativa o absoluta, en el penumbroso semiolvido de los papeles periódicos. Y si aun esto pudiera no ser excesivamente oneroso para un escritor de alcance nacional y de interés y audiencia especializadas, la situación variaba (y varía) mucho en un hombre de letras que aspirara a la audiencia total de Latinoamérica, al mismo tiempo que desperdigaba sus páginas como Rodó lo hacía. Porque varios de los textos recogidos en "El Mirador" lo fueron en revistas juveniles, en publicaciones de vida tan corta (y aun momentánea) como es habitual; dejarlos donde estaban hubiera sido condenarlos a una virtual ineditéz.

Tampoco era difícil en aquel tiempo la edición conjunta de estos "complementarios": la baratura del libro y la fácil recepción de las editoriales españolas y franco-americanas, hacían sumamente factibles este tipo de obras. Bouret, Garnier, Sempere, "Prometeo" pusieron sus sellos al servicio de esta tarea, con hospitalidad tanto más generosa cuanto eran más cicateros, más extorsivos con el autor, sus tratos comerciales. De cualquier manera, bien o mal remunerados quienes los escribían, marchaban aquellos libros a todos los rincones de España y América, fundando reputaciones o corroborándolas; a veces haciendo mero acto de presencia y agregándose a la montaña descomunal de la hojarasca.

Como se ha registrado, desde bastante antes de 1913 planeaba Rodó un libro similar, según se apunta en su correspondencia¹ y en algunos de esos artículos que (ya más próxima la edición) discretamente Rodó —

¹ A Rafael Altamira, de 29/1/1908; a Juan Fco. Piquet, de 28/5/1911.

dentro de una "estrategia literaria" primaria pero efectiva — se las arregló para hacer publicar.²

Lejos de aquellos centros editoriales, sedentario de su Montevideo natal, Rodó, que ya había tenido tratos desapacibles y frustráneos con casas editoriales de Europa, parece haberse decidido a publicar el libro por su cuenta y riesgo. Por su riesgo: aunque seguramente éste era mucho menor del que hubiera arros-trado un escritor desconocido y, en especial, del que hoy se correría si lo apreciáramos con los costos de nuestros días para un volumen de su importancia. También la edición montevideana cabe suponer que le permitió una concurrencia de materiales mucho más amplia de la que hubiera sido factible en aquellos li-bros parisienses o españoles.

Tarea placentera pero delicada representó sin duda para Rodó —es habitual que así ocurra— escoger los textos que formarían su "Mirador". Tuvo que ma-nejar para ello criterios que no eran de fácil coinciden-cia; su afecto particular por algunas páginas o temas debió chocar con el interés que ellas u otras podían poseer para un lector no forzosamente uruguayo y el valor intrínseco de los artículos, su alcance y condi-ciones de permanencia — digamos: una calidad distin-ta de la meramente periodística — no tenía por qué coincidir inevitablemente con los anteriores.

Por lo que se conoce de la obra de Rodó hasta 1913, no resulta trabajoso estar de acuerdo con sus eleccio-nes; lo desechado es por lo regular muy secundario:

² Por ejemplo, en "Pallas", Buenos Aires Nº 1, de mayo 15 de 1912, con nota de Emilio Becher; en "Nosotros", Bue-nos Aires, Nº 37, año VI, tomo VII, págs. 157-160; en "Bas-konía", Buenos Aires, Nº 861, de 10 de febrero de 1912; en "Ateneo", Santo Domingo, Nºs 19-20, año II, de julio-agosto de 1911, pág. 32.

páginas de circunstancia, discursos breves, encomios de personajes de reputación fugaz, prólogos de cumplido, la ritual correspondencia de la "amistad intelectual". En sus estudios bisonños de la "Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales" (1895-1897) espigó Rodó bastante, integrando en uno, cuatro de significación duradera y salvando otros íntegros o fragmentariamente. Quedaron, fuera, cierto, sus ensayos de fines de siglo, pero puede asentirse con el seleccionador en su descarte de "El que vendrá", basado probablemente en que el texto trasunta demasiado un juvenilismo trémulo e impetuoso, un acento mesiánico entre cándido y angustiado que hubieran desentonado con la ideal serenidad rodomiana de tres lustros más adelante. El "Rubén Darío" no sólo corría en ediciones de "Prosas Profanas" y era conocido a través de ellas por un extenso público: también tenía que traerle indeseables recuerdos el incidente de su publicación sin su nombre al pie.³ "La Novela nueva", otra de las partes de "La Vida nueva", escrita diecisiete años antes, era obvio que había dejado de responder a su título y, provocado por "Las Academias" de Reyles, es lógico que Rodó prefiriera el ensayo crítico que dedicó más tarde a la novela más madura que representó, en 1900, "La Raza de Caín".

En una hoja suelta de data probablemente poco anterior a la publicación de la obra,⁴ Rodó trazó la

3 "Obras completas" de Rodó (edición de Emir Rodríguez Monegal), Aguilar, Madrid, pág. 1293

4 Biográficos: Juan Carlos Gómez, La vuelta de Juan Carlos Gómez, Garibaldi, Bolívar, Juan María Gutiérrez, Samuel Blixen, Montalvo, Ricardo Gutiérrez; Crítica de libros: Ugarte, Frugoni, Galdós, Guido y Spano, La raza de Caín, Notas sobre crítica; Psico-Sociológico: Rumbos nuevos, Impresiones de un drama, El Rat-Pick, A Anatole France, La tradición intelectual argentina, La prensa de Montevideo, El trabajo obrero, El centenario de Chile; Pensamientos H-

lista de los artículos seleccionados, fijando así un cánon provisorio que poco difiere con el definitivo.

Sólo el escrupuloso — y a veces maníaco — cuidado archivero del autor, debió hacerle fácil la reunión de tantos textos y de tan diverso origen.⁵ En casi dos

terarios. Los que callan, En el álbum de un poeta, Juan Ramón Jiménez, Rafael Barret, La lucha del estilo, Decir las cosas bien, El pegaso de Schiller, Carta a Nin Frías; *Fantasías*. Mi retablo de Navidad, El Cristo a la jineta; *Doctrina literaria*: La enseñanza de la literatura; *Pensamientos* varios: Mirando el mar, Tucumán, La España nifia, Paysandú, Iberoamérica, García Godoy, France-Uruguay, Caudillos, Pallas, Río Branco, Pro-unidad, En Departamento de Investigaciones de la Biblioteca Nacional, Archivo Rodó, 1A2, Armario 2. Como es visible, muchas titulaciones se hallan abreviadas y aún fueron posteriormente modificadas. "Ugarte" fue después "Una nueva antología americana", "Frugoni", "De lo más hondo", "Juan Ramón Jiménez", "Recóndita Andalucía", la "Carta a Nin Frías", "En la armonía, disonancias", "La lucha del estilo", "La gesta de la forma", "El Pegaso de Schiller", "Divina Libertad", "Paysandú", "Obras de hermanos", "García Godoy", "Una bandera literaria", "Caudillos", "Perfil de caudillo", "Galdós", "Una novela de Galdós", "Barret", "Las Moralidades" de Barret". Se advierte que sólo tres fueron las incorporaciones posteriores a lo que esta lista fija: "De litteris", "Bohemia" y "La enseñanza del idioma" y dos las exclusiones: "Notas sobre crítica" y "Pallas", página identificada, posiblemente destinada a la revista argentina del mismo nombre. Un caso especial de sustitución representa el trueque de Pro-unidad (indudable referencia a la carta "Por la unidad de América", publicada en "La Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales", el 1º de abril de 1898) por el fragmento "Magna Patria".

5 ORIGEN DE LOS TEXTOS DE "EL MIRADOR DE PROSPERO". De los cuarenta y cinco textos, seis se originaban en discursos: "La vuelta de Juan Carlos Gómez", "A Anatole France", "El centenario de Chile", "La prensa de Montevideo", "Perfil de caudillo" y "Samuel Blixen". Cuatro en cartas posteriormente modificadas: "La raza de Caín", "Las Moralidades", de Barret", "Una bandera literaria" y "Recóndita Andalucía". Seis en prólogos: "De litteris", "Rumbos nuevos", "Garibaldi", "De lo más hondo", "En la armonía, disonancias" y "La enseñanza del idioma". En un informe parlamentario: "Del trabajo obrero en el Uruguay". Tres en páginas ocasionales de saludo o inauguración: "Bienvenida", "Bohemia" y "Obras de hermanos". Uno, "Juan María Gutiérrez y su época" en la refundición de cuatro artículos de "La Revista Nacional de Literatura": "Juan María Gutiérrez", de 20 de marzo y 5 de abril de 1895; "El americanismo literario", de julio 10, agosto 10 y noviembre 10 de 1895; "El Iniciador" de 1836, de agosto 25, octubre 10 y octubre 25 de 1896 y "Arte e historia", de junio 25 de 1897 (Cf. José Pedro Segundo, en

PROLOGO

"Obras completas de Rodó", Montevideo, 1946, pág. LXXX). Uno fue compuesto para el libro mismo: "Montalvo". Dieciocho representan textos aparecidos directamente en periódicos: "Divina libertad", "Una novela de Galdós", "Ricardo Gutiérrez", "Carlos Guido Spano", "El Rat-pick", "Impresiones de un drama", "Una nueva antología americana", "Mi retablo de Navidad", "Bolívar", "Decir las cosas bien", "La gesta de la forma", "La enseñanza de la literatura", "Iberoamérica", "La España niña", "En el álbum de un artista", "Los que callan", "Juan Carlos Gómez" y "El Cristo a la jinetes". De cinco, por fin, ni con las bibliografías publicadas ni con lo que puede rastrearse en el rico archivo de Rodó, es posible establecer la procedencia. Se trata de "Mirando el mar", "La tradición intelectual argentina", "Río Branco", "Magna Patria" y "Tucumán". Del último, sin embargo, se dice bajo el título que apareció en un álbum publicado con motivo del centenario de 1810.

Por no haberse practicado nunca la tarea y por el interés que pudiera tener la mención, vale la pena indicar las primeras publicaciones de los cuarenta textos restantes (Se respeta la clasificación antes realizada y se sobreentiende que apareció en Montevideo lo que no tiene indicación de rigor). "La vuelta de Juan Carlos Gómez", en "El Día", de 19 de octubre de 1906; "Perfil de Caudillo", en "Rivera", N° 1, año I, pág. 1, del 1° de junio de 1907; "A Anatole France", en "La Razón", del 17 de julio de 1909; "La prensa de Montevideo", en "El Siglo", "El Tiempo" y "Telégrafo Marítimo", del 15 de abril de 1909; "El Centenario de Chile", en "La Razón", del 20 de setiembre de 1910; "Las Moralidades" de Barret", en "La Razón", del 6 de agosto de 1910; "La raza de Caín", en "La Razón", del 14 de diciembre de 1900; "Una bandera literaria", en "El Uruguay", N° 1, año I, de enero de 1913, "Recondita Andalucia", carta a Juan Ramón Jiménez, del 17 de setiembre de 1909 (Cf. Rodríguez Menéndez "Obras completas.", pág. 1334); "De litteris", en la obra del mismo nombre de Francisco García Calderón, Lima, 1904; "Garibaldi", en "La bandera de San Antonio", de Héctor Voilo, 1904; "De lo más hondo", en la obra del mismo nombre de Emilio Frugoni, 1902; "La enseñanza del idioma", en la obra Francisco Gámez Marín, "Gramática razonada del idioma castellano", págs. 7 a 11; "En la armonía, disonancias", en "Nuevos ensayos de crítica", de Alberto Nin Frías, 1907; "Rumbos nuevos", como prólogo a la 2ª edición de "Idola Forti", de Carlos Arturo Torres, Bogotá, 1910; "Del trabajo obrero en el Uruguay", en el "Diario de sesiones de la Cámara de Representantes", t. 223, págs. 152 a 173; "Bienvenida", en "France-Uruguay", N° 2, año I, segunda quincena de mayo de 1906, pág. 28; "Obra de hermanos" (bajo el título "La gesta del trabajo") en "Primera Exposición-Feria de Paysandú", número único, Paysandú, 1903, pág. 9; "Bohemia", en "Bohemia", N° 1, año I, pág. 1, del 15 de agosto de 1908; "Juan María Gutiérrez y su época" (en cuatro estudios de "La Revista Nacional", según se vio); "Montalvo", en el libro presente, con un fragmento-principia en "Nosotros", de Buenos Aires, t. 7º, 1913; "Una nueva antología americana", "Impresiones de un drama" y "El Rat-pick" en "La Nación", de Buenos Aires, del 4 de marzo, 8 de abril y 1º de mayo de 1907; "La enseñanza de la literatura" (bajo

PROLOGO

décadas se escalonaban, con año precisado al pie de casi todos ellos,⁶ como si, tácitamente, Rodó fijara hitos de su desenvolvimiento (discutible es hablar de su "crecimiento") espiritual. Pero la fecha de publicación (si se manejan las indagables) no coincide ne-

el título "Necesidad de un texto de literatura") en "La Razón", del 5 de junio de 1909, "Juan Carlos Gómez", en "La Revista Nacional", del 20 de mayo de 1895, "Carlos Guido Spano", como primera parte, con variantes, del artículo "Dos poetas", en "La Revista Nacional..." del 10 de diciembre de 1895, "Divina Libertad", como final, con variantes, del mismo artículo; "Una novela de Galdós", en "La Revista Nacional...", del 10 de noviembre de 1897; "Mi retablo de Navidad", en "Mundial", de París, número de Navidad de 1911, N° 8, diciembre de 1911; "Bolívar", en "Revista de América", París, año I, Vol. I, agosto de 1912, págs. 205-272; "Ricardo Gutiérrez", en "El Almanaque Sudamericano", de Buenos Aires, del 25 de setiembre de 1907, "Decir las cosas bien" (con el título "En un álbum") en "Almanaque Sudamericano para 1900", Buenos Aires, págs. 47-48 (con variantes significativas); "La gesta de la forma", en "Rojo y Blanco", N° 1, año I, del 17 de junio de 1900; "El Cristo a la jineta", en "Montevideo", N° 1, año I, del 10 de junio de 1905, "En el álbum de un poeta" (con el título "En un álbum de artista"), en "Cuba literaria", de Santiago de Cuba, N° 50, año II, de junio 14 de 1905, pág. 175, "Iberoamérica", en "El Tiempo", del 25 de mayo de 1910 y en "Revista de la Unión Industrial Uruguaya", N° 176, año XIII, del 31 de mayo de 1910, pág. 2715; "La España niña", en "Hispania", de Buenos Aires, N° 264, año VI, del 16 de octubre de 1911, pág. 888, "Los que callan", en "Arte y crítica", de Buenos Aires, N° 1, año I, del 15 de abril de 1912, pág. 10. (Para el establecimiento de parte importante de estos orígenes el prologuista agradece la invaluable colaboración de sus amigos, los funcionarios del Departamento de Investigaciones de la Biblioteca Nacional, Antonio Praderio y Alberto F. Oreggioni).

⁶ 1895: "Juan Carlos Gómez" y "Divina Libertad"; 1896: "En el álbum de un poeta"; 1897: "Una novela de Galdós" y "Ricardo Gutiérrez"; 1899: "Decir las cosas bien" y "Carlos Guido Spano"; 1900: "La gesta de la forma" y "La raza de Cain"; 1902: "De lo más hondo"; 1903: "Obra de hermanos", "La tradición intelectual argentina" y "De litteris"; 1904: "Garibaldi" y "En la armonía, disonancias"; 1905: "La vuelta de Juan Carlos Gómez" y "Magna Patria"; 1906: "El Cristo a la jineta" y "Bienvenida"; 1907: "El Rat-pick", "Impresiones de un drama", "Una nueva antología americana" y "Perfil de caudillo"; 1908: "Bohemia", "Del trabajo obrero en el Uruguay" y "La prensa de Montevideo"; 1909: "La enseñanza de la literatura", "A Anatole France" y "Samuel Blixen"; 1910: "Rumbos nuevos", "El centenario de Chile", "Tucumán", "Recondita Andalucía", "La enseñanza del idioma", "Iberoamérica" y "Las Moraldades de Barret"; 1911: "Mirando el mar", "La España niña" y "Mi retablo de Navidad"; 1912: "Una

PROLOGO

cesariamente con la de composición y aun entre ambas, en ciertos casos, transcurren casi diez años.⁷ Y no es dudoso que, tanto esta circunstancia como la más general recién aludida, deben haber impulsado al escritor cuidadoso que Rodó era, a retocar múltiplemente casi todas las páginas que integrarían el libro. El estudio de estas variantes, — por lo habitual terminológicas — sería ilustrativo en todo análisis de su técnica literaria; sólo sabemos de un caso en que se hayan establecido tales modificaciones⁸ pero, aún fijadas éstas, resta lo más interesante que es, sin duda, el indagar su intención múltiple o unitaria, su significación, su sentido.

En otros casos, las variantes son estructurales y significan verdaderas refundiciones: tal es lo que ocurre con el estudio sobre "Juan María Gutiérrez y su época", resultado de cuatro extensos artículos de la ya nombrada "Revista Nacional". En otras ocasiones, el texto fue extraído de un cuerpo más amplio, si bien sufriendo alteraciones fundamentales, como es el caso de "Iberoamérica" que, en forma de fragmento, se hallaba incluido en un proyectado discurso de 1909 sobre el Brasil.⁹ (Aunque también debe observarse que

bandera literaria", "Río Branco", "Bolívar" y "Los que callan"; 1913: "Montalvo" y "Juan María Gutiérrez y su época" (forma definitiva). De esta ordenación, que recoge las fechas puestas por Rodó a cada una de sus páginas, hay que observar que varias datas son erróneas: "Carlos Guido Spano" es de 1895 y no de 1899; "El Cristo a la jineta", de 1905 y no de 1906, "Recóndita Andalucía" de 1909 y no de 1910, aunque pudo llegar ese año a la forma con que penetró en el libro.

7 Es lo que ocurrió con "En el álbum de un poeta", de 1896 a 1905.

8 José Pereira Rodríguez para "Decir las cosas bien...", en "Parábolas. Cuentos simbólicos", de Rodó, Contribuciones americanas de cultura, Montevideo, 1953, pág. 1.

9 Vid. José Enrique Etcheverry: "Un discurso de Rodó sobre el Brasil", Revista del Instituto de Investigaciones y Archivos Literarios, N° 1, 1960, págs. 5-46 y apartado.

el borrador de este discurso recogía un párrafo de "Magna Patria", página de Rodó que lleva la data de 1905). Hablando en general, era sumamente común en nuestro prosista este tipo de traspaso y la oración sobre el Centenario de Chile recoge, a su vez, pasajes de otro discurso sobre Brasil, aunque éste sí, efectivamente pronunciado, como lo fue en nuestra Cámara de Diputados el 11 de noviembre de 1909.¹⁰

Enamorado de los libros *abiertos sobre una perspectiva indefinida*, y aun de lo que más tarde se llamaría "el libro informe", Rodó trató, con todo, de lograr un equilibrio de esos materiales que, según se ve en el apunte ya mencionado¹¹ dividió en *Biográficos, Crítica de libros, Psico-sociológico, Pensamientos literarios, Fantasías, Doctrina literaria y Pensamientos varios*. Rodríguez Monegal¹² los ha clasificado en seis secciones que son *crítica literaria, ensayos históricos, ensayos literarios, ensayos morales, ensayos sociales y ensayos latinoamericanos*. Es posible, sin embargo, ordenar ese material, no tanto por el hilo temático (a veces en extremo precario) que los enhebra, sino por el movimiento discursivo y el carácter propio y más profundo de cada texto.

Puestos en este propósito, se podría señalar un núcleo de textos que representan enfoques directos de un tema importante. Es el caso de "La enseñanza de la literatura" y "la Enseñanza del idioma" — estudios de teorización o preceptiva literaria —, de las páginas

10 Idem, pág. 12 y José Enrique Rodó: "El centenario de Chile", Homenaje de la Universidad de la República a la Universidad de Chile, con motivo de la celebración de la XXV Escuela Internacional de Verano, Montevideo, Uruguay, 1960, prólogo del Dr. Eugenio Petit Muñoz, págs. 5-21.

11 Ver nota 4.

12 En su ya citada y espléndida edición de las "Obras completas de José Enrique Rodó", pág. 484.

críticas sobre "Una novela de Galdós", "La raza de Caín", "Una nueva antología americana", "Carlos Guido Spano", "Samuel Blixen", "De lo más hondo" y "Ricardo Gutiérrez"; del retrato de "Bolívar", de los textos histórico-culturales sobre "La Prensa de Montevideo", "La Tradición cultural argentina" y "El centenario de Chile". Y todavía, último pero no secundario, el informe, amplio y a la vez ceñido, sobre "El trabajo obrero en el Uruguay".

Otro grupo muy considerable de textos posee una condición ambigua pero común; una condición que podría sintetizarse diciéndose que se mueven entre el "manifiesto", el "poema en prosa" y el "fortissimo", en su acepción musical. Son "la gesta de la forma", "Decir las cosas bien", "Divina libertad" y "En el album de un poeta" (tan emparentadas), "El Cristo a la jineta", "Mirando el mar", "Los que callan", "De litteris", "Una bandera literaria", "Bienvenida", "Bohemia", "A Anatole France", "Tucumán", "Obra de hermanos", "Río Branco", "Magna Patria", "Iberoamérica", "La España niña" y "Mi retablo de Navidad". Una buena parte de los títulos del libro, como se ve, si bien estos encabezan textos generalmente breves: todos ellos están marcados por una común efusión admirativa, un transporte de entusiasmo que los eleva frecuentemente a cierta temperatura que cabe llamar poética.

Menos claras son las divisiones en el material que resta. "Impresiones de un drama" representa un cierto tipo de "crítica arborescente", de esa que toma la obra como pretexto para consideraciones de índole mucho más general. De alguna manera en forma paralela, "El Rat-pick" importa la trascendentalización de una sustancia en cierto modo cotidiana y periódica-

tica. También trascendentalizaciones, pero en este caso de una mera trayectoria biográfica hacia una vasta significación histórico-político-cultural, representan los dos textos sobre Juan Carlos Gómez, "Garibaldi", "Perfil de Caudillo", y, particularmente, "Montalvo" y "Juan María Gutiérrez y su época". Nada de esto es el estudio "Rumbos nuevos" sino una sinfonización, un ensamble muy complejo de materia primordialmente ideológica. ¿Y significan otra cosa que confidencias, por muy veladas, por muy pudorosas que ellas sean, "En la armonía, disonancias", "Recóndita Andalucía" y "Las "Moralidades" de Barret"?

Tantos materiales, trasposos y reelaboraciones se organizaron al fin, unificándose fuertemente bajo el signo del maestro shakesperiano, amable, sabio, hábil, nuevamente convocado después de los trece años de silencio transcurridos desde "Ariel". Y en verdad que poco habían variado el acento y los prestigios que entonces aquel acataba. El de Hipólito Taine, presumiblemente recesivo, aparece aún, paradójicamente, más fuerte y siempre rondan los de Renan, Spencer y Guyau, sin caerse, empero, en aquellas zalemas devotas, aquellas reverencias explícitas que antes Rodó no desdenaba practicar. Tampoco, si bien se lee, faltan contactos temáticos entre muchas páginas de "El Mirador" y otros textos capitales del autor. Con "Motivos de Proteo", por ejemplo, los tiene sustanciales, "Sueño de Nochebuena" y su fantasía sobre las transformaciones repentinas de la voluntad. Con la famosa parábola de aquel libro, "Los seis peregrinos" se relaciona, por la solidez que va de la historia a su lección, la norma exaltada en "Rumbos nuevos" de un estilo de acción humana equidistante "del fanatismo y del escepticismo". Los mismos vínculos podrían anudarse con las

reflexiones que corren en "De lo más hondo" sobre la complejidad del alma, o con las de "Mirando el mar", sobre su movilidad, o con las explanadas en "Bolívar" sobre la tipología del genio. Y aun son rastreables parentescos menos visibles y más sutiles, como es el caso de la posible conexión entre la imagen del corcel vuelto a su brío, de "Divina libertad" y la hermosa parábola "El león y la lágrima", incluida póstumamente en "Nuevos Motivos de Proteo". Las páginas finales de "Rumbos nuevos" rozan, con su tema, el caudal argumentativo de "Liberalismo y Jacobinismo". Y aún podrían subrayarse los innumerables contactos entre todos los puntos del discurso de "Ariel" y la sustancia de medio "Mirador".

Es obvio decir que ni el cuidado de la selección de Rodó ni el nivel generalmente alto de su escritura, lograron un libro de calidad sostenida y homogénea. A la distancia de más de medio siglo y aún visualizando metódicamente el abismo irremediable de gustos y posiciones que él implica, resultan demasiado claros algunos desniveles. Con todo, es probable que, al cálculo más cicatero, una tercera parte de los textos del libro soporten la buena reputación de un escritor del 900 y ellos tal vez sean los dos esbozos histórico-biográfico-críticos del "Montalvo" y "Juan María Gutiérrez y su época", el ferviente ditirambo del "Bolívar", los esbozos ideológicos, morales o literarios de "Rumbos nuevos", "El Rat-pick", "Una nueva antología americana", "La enseñanza de la literatura" y "La enseñanza del idioma". Y todavía hay que agregar las dos sólidas piezas de ocasión sobre "El centenario de Chile" y el perspicaz y equilibrado informe sobre "El trabajo obrero en el Uruguay", la tríptica fantasía de "Mi retablo de Navidad" y las cuatro hermosas páginas breves

PROLOGO

que son "El Cristo a la jineta", "La España niña", "Recóndita Andalucía" y "Las "Moralidades" de Barret".

"El Mirador de Próspero" se publicó por primera vez (según ya se dijo) en Montevideo y a mediados de octubre de 1913¹³ y aunque, como es habitual, es difícil medir con exactitud la entidad y extensión de su acogida, no hay razones para suponer que haya sido considerado una declinación de quien gozaba ya en América verdadera aureola magistral.¹⁴ Incluso, si se atienden algunos ecos admirativos que el libro al-

13 "El Mirador de Próspero", Montevideo, 1913; José María Serrano, Librería Cervantes, 572 págs. En el colofón se estampó la fecha del 13 de octubre de 1913. La segunda y tercera ediciones están representadas por la de la Editorial Cervantes, de Valencia, 1919, 432 págs., y la de Editorial América, de Madrid, en la "Biblioteca Andrés Bello" y en dos volúmenes de 253 y 252 págs. respectivamente. La cuarta corresponde a la segunda de la Editorial Cervantes, esta vez editada en Barcelona, en 1926, con 456 páginas y la quinta es la tercera de esta editorial, también en Barcelona, y en 1928, con 466 págs. De las ediciones españolas de la Editorial Cervantes debe observarse que no sólo están plagadas de erratas e inverosímiles trabucaciones — a Francisco Gámez Marín se le transforma consecuentemente en Francisco Rodríguez Marín — sino también que excluyen el "Bolívar", el "Montaívo" y "Mi retablo de Navidad", insertando en cambio dos páginas irrelevantes sobre "El genio de la raza" y "El 14 de julio". Con las dos biografías descartadas y otras piezas, compuso la Editorial Cervantes "Hombres de América", editado por tres veces en Barcelona en 1920, 1924 y 1931. Prosiguiendo con la cuenta de las ediciones, la sexta y la séptima aparecieron en Montevideo, por diligencia de Claudio García, en 1939 y 1944, presentando las mismas deficiencias que las españolas. La octava corre como inclusión en las "Obras completas" (sic) de Rodó, editadas por Antonio Zamora, en Buenos Aires y en 1948, la novena lo fue también formando parte en la incomparablemente mejor y ya referida de Emir Rodríguez Monegal (Aguilar, Madrid, 1957), y la décima apareció componiendo el tomo IV de la muy demorada edición oficial de 1958. Con lo que la presente, salvo error u omisión, viene a ser la undécima edición de "El Mirador de Próspero".

14 Existe en el Departamento de Investigaciones de la Biblioteca Nacional una tarjeta del librero José María Serrano, muy inmediatamente posterior a la aparición del libro y en la que, a propósito del envío de unas botellas de champagne se habla del triunfo de "El Mirador".

PROLOGO

canzó — entre los peruanos Francisco García Calderón y José Gálvez, en el gran colombiano Baldomero Sanín Cano — es posible concluir que el prestigio de Rodó se movía por entonces en terreno más sólido que el que permite inferir la exaltación de mozos entusiastas que recibió al “Ariel”, o la muy fervorosa pero inepta crítica de devotos compatriotas que acució a “Motivos de Proteo”. Y todavía debe apuntarse que, en su fluida circulación por América, el libro cobró significaciones no puramente literarias y absolutamente inesperadas, como es el caso del *escándalo episcopal* que el entonces Arzobispo de Lima habría provocado por el presunto sentido sacrílego de “El Cristo a la jineta”, según lo comentaba el mismo Rodó en una efusiva carta a Alfredo González Prada, hijo del gran poeta y combatiente peruano.¹⁵

II

Por su misma variedad temática y por incorporar páginas de tan distinta fecha, “El Mirador” lo es, y mirador inapreciable, sobre el propio Rodó y sus más vertebrales ideas. Pues difícil no será concluir que las posiciones, los postulados que se reiteran a todo lo largo de esos dieciocho años no sean, en verdad, los que peculiarizan su actitud última, los que perfilan su ideología. Y esto, en mucho mayor grado de lo que pudiera inferirse del énfasis ocasional que se marque en un libro o en uno de los ensayos mayores no recogidos en el presente volumen.

Parece indudable que tanto por su importancia como por su situación central y menos dependiente que

¹⁵ Carta del 15 de agosto de 1915, en “Redes para cazar la nube”, Lima, Perú, 1946, págs. 63-64

cualquiera otra, el más somero examen debe comenzar por indagar qué recubre la persistente invocación al "ideal", a los valores "ideales", al "desinterés", al "ideal desinteresado" que en tantos pasajes de la obra se realiza con tal abundancia que llega a rozar peligrosamente el empalago. Establecer la noción cabal de lo que tales términos arrastran es — de seguro — penetrar en el meollo íntimo del mundo espiritual de Rodó, establecerse en ese centro desde el cual todas las vertebraciones, todas las modulaciones pueden ser seguidas con claridad y holgura.

En su excelente estudio sobre "La conciencia filosófica de Rodó",¹⁰ Ardao ha fijado con la deseable precisión las claves esenciales del "idealismo" del escritor. Allí aclara Ardao que no se trata de un idealismo ontológico asentado en la Idea sino ético y axiológico fundado en "el ideal" y "los ideales", más cierta "lontananza" de orden especulativo y estético que abre la insatisfacción de la realidad inmediata y tangible. Hasta aquí Ardao y ahora al autor de este proemio le corresponde aventurar que, pese a la dominante nota axiológica, se insinúan en varios de esos mismos textos, un difuso "ontologismo" del ideal que — lejos naturalmente de la articulación platónica o hegeliana — parece responder muy hondamente al movimiento espontáneo del pensamiento de Rodó. Aquí, como no es infrecuente en esa clase de pensadores que se mueven en los lindes entre el pensamiento filosófico fundado y la mera literatura, puede ocurrir que el acatamiento explícito a las vigencias de la época vaya por un lado y las inclinaciones del temperamento in-

10 "La conciencia filosófica de Rodó", en "Literatura uruguaya del 900", "Número", N.os 6-7-8, Montevideo, 1950, págs. 66-92 y esp. 79-85.

telectual lo hagan por el otro. En suma: que lejos Rodó de todo platonismo confeso, su impulso incoercible pudo ser el deslindar un orbe ideal en cuyo valor puso el acento, en cuya superioridad jerárquica insistió con persistencia obsesiva. Y esto, por mucho que pagara conscientemente tributo al realismo de su formación positivista y al buen sentido de una inteligencia esencialmente hostil a todo repudio, a todo desdén demasiado unilateral y disonante. Por tal razón, puede ser útil recurrir más que a sus planteos formales de la cuestión a lo que sepa proporcionar el rastreo de esas expresiones sueltas, impremeditadas, en las que el autor revela mejor su pensamiento que en otras modalidades. Aunque, naturalmente, congregadas y organizadas.

En el estudio referido, destaca Ardao la importancia de aquel texto de la parte final de "Ariel" en el que Rodó explana su concepción de lo que cabe llamar su "genética de lo espiritual", en esa elaborada, majestuosa imagen en que se lo ve surgir desde los senos de la naturaleza hasta constituir *el excelso coronamiento de su obra*. Con razón filia Ardao tal pasaje en el naturalismo evolucionista pero también corre muy cerca de él, en la misma parte final de "Ariel", ese otro texto en el que, tras la referencias a las riquezas acumuladas por la actividad mercantil posibilitando los esplendores del Renacimiento, se concluye sobre *la inducción recíproca entre los progresos de la actividad utilitaria y la ideal*. Y era una de las dos direcciones de esta *inducción recíproca* el fenómeno de que *la utilidad suele convertirse en fuerte escudo para las idealidades*.

El plano cosmológico, o genético se complementa de este modo con otro, histórico-social y en ambos se

apunta a una causación, o condicionamiento, o franquía de lo "ideal" o "espiritual" respecto al orden de la materia y de la naturaleza. Parecería así conceder Rodó la necesidad de un sostén natural, biológico, psíquico y social de ese orden superior, sin mayor precisión, empero, a que tipo de relación entre uno y otro plano actúa. En el presente libro varios textos corroboran esta dirección y de todos ellos se desprende una clara entonación vitalista, dentro de la cual el estrato de lo ideal es una suerte de expresión más afinada y sutil que las otras, de esa fuerza única que es la vida. Es el caso sobresaliente de "Obra de hermanos", una página capital en este rubro. Pasajes, también, del informe sobre "El trabajo obrero" subrayan explícitamente la relevancia de un buen asiento biológico y, ya en un tren de mayor generalidad, en el discurso "A Anatole France" se yuxtapone el *producir* a sus predilectos *saber, comprender, admirar*. En "El centenario de Chile" retoma la ya aludida reflexión de "Ariel" y encomia la significación del desenvolvimiento material en *la formación de los pueblos que algún día han de ser grandes por el espíritu*. Y de otros pasajes, como aquél en que se refiere al "falso idealismo" romántico y a la deseable autenticidad americana o el de "Rumbos nuevos" en que se distingue entre el "viejo" y el "nuevo" idealismo, no resulta trabajosa la inferencia de que Rodó, con su insistir en *los fueros de la realidad* tiende a circuir la vida espiritual, la esfera del ideal entre un contorno tan sólido como sea necesario. Y si se atiende que, al mismo tiempo, proclamaba el rechazo de los idealismos que adjetivaba de *quiméricos, impotentes y vagos*, "a contrario sensu" debe leerse que sólo los aceptaba si tenían la condición de precisos, realizables, respetuosos de la realidad y capaces de ali-

PROLOGO

mentarse de la *poética virtualidad de la vida*. Aunque no pueda decirse que aquí, como en la famosa fórmula de Marx, sea la realidad la que determina la conciencia, todo el pensamiento de Rodó en este punto no parecería muy inconciliable con un monismo naturalista si este es suficientemente sutil y diversificado.

Pero ya se aventuraba que a veces se hace imprescindible distinguir entre la posición explícita que un hombre de pensamiento adopta — y en la que las presiones del ambiente suelen ser decisivas — y aquella a que lo lleva, con toda la irresistible fuerza de la propia naturaleza, su temperamento, su conformación espiritual. Si este clivaje es posible y si, como decía famosamente Coleridge, todo hombre nace instintivamente platónico o aristotélico, es factible defender que Rodó era, orgánicamente, un platónico, un idealista y dualista inconfeso, para el cual lo terreno, lo material y lo vital eran, en cierto modo, una caída, un irremisible deterioro, una insanable lesión. Labios para adentro, tal vez no tengan otro sentido sus reiteraciones, sus ejemplos, su adjetivación, el implícito dualismo que subyace en todo el despliegue. Y ello se trasluce, sobre todo, cuando se trata de inventariar (dentro de lo que ello es posible), más allá de la vaguedad y la generalidad de los estereotipos, lo que esta zona del “ideal”, del “desinterés”, de la “espiritualidad” contiene.

Si del núcleo terminológico más empleado, que es indudablemente el del *ideal* y las *idealidades* se recapitula los vocablos que lo acompañan y que son *estímulo*, *lontananza*, *trascendencia*, *interés*, *ruta*, *significación*, *valoración*, *llama*, se da un amplio espectro de complementos: ellos demarcan un ámbito en el que caben lo que hoy llamamos el “significado” pero tam-

bién lo que puede entenderse como el acicate axiológico de la acción y aun su misma entidad.

Tódo ello, más algunas notas anexas, parecería implicar, ante todo, una preeminencia de "lo cultural" en su sentido más estricto de una *cultura del espíritu*, de una actividad y producción *intelectual* de índole superior, aureolándose de prestigio hasta elevarse *al culto y la fe del pensamiento*, a ideas, conceptos, principios operantes que se conciben como *normas de los humanos propósitos*. La última fórmula menta con cierta ambigüedad al idealismo entendido como conducta cimentada por lo éticamente positivo, según la interpretación, sin duda correcta de Arturo Ardao y a la que ya se ha hecho referencia. Varias expresiones hay en "El Mirador": la *idealidad nostálgica*, el *sueño de amor, de justicia y de piedad*, las *mociones superiores* que refuerzan esa interpretación. Este idealismo posee todavía elementos más estrictamente deontológicos: el trabajo, la seriedad que se puede deducir, a contrario, de su cuadro de la frivolidad y la especulación "fenicias": también la capacidad de marginación y silencio, igualmente a contramano de *la vulgaridad triunfante y ruidosa* que circunda a *los que callan*. Y si, sobre el positivismo ("Rumbos nuevos") se alzaban las ideas *como normas de los humanos propósitos*, también algún designio tenía Rodó al adjuntar a esta fórmula la otra que considera a las ideas *como objetos de los humanos propósitos*. Si no es una pura sinonimia es probable que se abra aquí el posible distingo entre el idealismo moral y el intelectualismo — y aun el racionalismo — en todas sus eventuales acepciones.

Pero todavía una tercera pieza de la constelación se matizaría a través de la noción de *lo desinteresado* (*producción, aplicaciones, espíritu* y otros términos se-

mejantes). Lo *desinteresado*, que en algún pasaje del "Bolívar" se precisa — y a la vez reduce — a ser *el fácil desarrimo de egoísmos sensuales* (distinguiéndose de un apartamiento de las propias tareas que, en puridad, cabe mejor llamar "indiferencia").

Puede observarse que la superación de lo inmediato, lo sensual o lo egoísta suele ser el presupuesto de cualquier conducta ética válida, de cualquier moral determinada por pautas generales sino estrictamente universales. Puede observarse también que en el clima ideológico de nuestro tiempo, toda actividad humana cultural es "interesada" y sólo importa en qué nivel de amplitud, de impersonalidad, de inmaterialidad el interés se sitúe. Pero la misma reiteración del término autoriza la reflexión de qué lejos se halla el orbe cultural de Rodó de toda dirección que conciba a la cultura como inexorable respuesta a las acuciantes provocaciones, a los desafíos que le plantea al hombre su estar en el mundo. Y admítase que cuando decimos "cultura" pensamos regularmente en un espectro de haceres que van desde el mero afirmarse humildísimo contra el hambre y la intemperie a la exorcización de los grandes torcedores de la existencia, a la réplica a los mandatos implícitos de la finitud, la muerte, la incommunicación y el sentido o sin sentido de todo. Más dilematicamente: o equipo para vivir o esa mirada en la noche, ese viaje a las honduras sin los cuales ni la misma vida es posible.

Comprobar estos trazos con el tipo de insistencias que en Rodó campean, hace propicio concluir sobre el carácter que la vida espiritual, la cultura asumen en él. Excesivo sería calificarlo de gratuito, decorativo o lujoso pero, seguramente no, aproximarle al modo apacible, suficiente, seguro que la actividad cultural cobra

PROLOGO

en ciertas condiciones de existencia y en estratos sociales mínimamente productivos y libres de urgencias.

Este juicio, tal vez excesivo para lo que antecede, funciona aún mejor como adelanto de otros aspectos que todavía pueden destacarse.

Uno de los más relevantes es la concepción rodoniana de *vida íntima* o *vida interior*, la que no sólo aparece hipostasiada y especializada como es habitual hacerlo sino que se idealiza, se embellece hasta hablarse del *regalado convite* de su fruición, del *paseo encantador*, la *absorción escogida*, la *voluptuosidad* de vivir — claustral, inmanentísticamente — para ella. Este plano ideal presenta su lado ético y él se vincula con la clásica norma de vivir la interioridad como autosuficiencia y libertad, como no-dependencia de las cosas, del mundo exterior y su llamado. Es una de las dimensiones de su *espiritualidad*, un término menos convocado que el de *desinterés* y el de *idealidad*, tal vez por las connotaciones religiosas que porta, tal vez por ser los otros más de moda, pero, en cierto y último modo, sinónimo de ellos. Lo cierto es que esta espiritualidad se identifica en ocasiones con su inseparable nota de libertad mientras se fija, en otras, al modo de Guyau, como un poder de *irradiación* y *comunicación*, según fórmula empleada en el ensayo sobre enseñanza de la literatura.

Más rica es su concreción del rótulo espiritual en el discurso a France, en el que Rodó lo unimisma, operativamente, con un ideal de conocimiento, generosidad y discriminación: el triduo de *saber*, *comprender* y *admirar*, integrándose en esa *contemplación* que juzgó *suficiente objeto de la vida*.

Tal consideración involucra una actitud en la que lo pasivo, y lo frutivo, adquieren primacía, pero si se

piensa que no existe contemplación sin un cierto grado de actividad espiritual, puede establecerse un continuo entre la noción general precedente y la simpatía, tal vez no más, *por la permanencia indómita, la sublime terquedad del anhelo que excita a la iniciativa humana a encararse con lo fundamental del misterio que la envuelve*. Se dijo simpatía, meramente. Y esto, porque hasta un término posterior a 1913, esta terquedad no parece haber movido demasiado a quien la encomia. Lo que sí se expande en "El Mirador" como reiteradas sinonimias de este *plano ideal* es cierto hincapié en una necesidad de esperanza, de creencia, de fe en todo lo que tenga calidad prospectiva, imaginativa, intangible, normativa: *idealidad nostálgica, sueño y sueños de belleza, de amor, de justicia, de piedad, de alas impalpables, desinteresados*. Y lo anterior se mezcla al evidente gusto por un tipo de afectividad, suave y hedónica, de la que son timbres la *melancolía, la tristeza nostálgica, la dulce intimidad del sentimiento*.

Pero es, sobre todo, hacia una experiencia deleitosa de lo Bello hacia donde — si se repara en las reiteraciones más notables del libro — el instinto de Rodó se dirigía, hacia donde tendía a centrar ese orbe distante de lo material y "lo vulgar", tan supremamente importante para él.

Y es que no es sólo por el buen número de evaluaciones literarias que la obra contiene que se dan con tal frecuencia en él un monocorde caudal ditirámico a la *Belleza* y al *Arte*, a las cosas delicadas y amables de la vida, al divino y capitoso licor del arte, a las cosas bellas, cosas raras. También a sus efectos: *encantos, atracciones, arrobos*; también a sus calidades: *levedad, refinamiento, selección, fragancia, suavidad, gracias*,

luz, color, elegancia, hermosura, gallardía, marcialidad; también a las condiciones requeridas al creador o al contemplador: *delicadeza de alma, espíritu ético, desinterés de un ideal de poesía.*

Si a la abundancia de esas expresiones nos atuviéramos, fluiría con naturalidad la conclusión de que este espiritualismo o idealidad trascendentales se plenifican de modo afectivo, se viven más allá de ineludibles concesiones doctrinales, en torno a modos de claro sesgo esteticista.

El esteticismo de Rodó ha sido un tema habitual de dilucidación desde las famosas reflexiones de "Ariel" sobre la moral como *una estética de la conducta*; un planteo de índole similar vuelve a realizarse en "El Rat-pick". En él, igualmente, las concesiones y eclecticismos suelen ser los comunes en Rodó, aun sobrenadando como conclusión general la de que en *donde lo bello es el fin o la forma de lo malo, lo malo no se cohonesto pero sí se atenúa* y es todavía mayor la *inmoralidad de lo feo* cuando su sustancia ya es inmoral por sí misma.

Pero como interesa, sin embargo, más que una ética implícita que resulte de la combinación artificial de textos, ese manejo de valores que la imantan, hay que dejar de lado pasajes de adhesión a una moral de tipo personalista y aun ciertos barruntos de perspectivismo y fértil ambigüedad. Es el pasaje en que, analizando la ambición de Bolívar, sostiene finamente Rodó, que la ambición del héroe tenía razón y los que la contrariaban la tenían también.

Si el esteticismo ético viene aquí a cuento es porque representa el plano de pasaje a un verdadero "misticismo estético". Un misticismo estético, adelantémoslo, tan declarado como vago y que hay que redondear

PROLOGO

acudiendo a otras concepciones más cabales de las que, en la misma dirección, su tiempo abundaba grandemente. En Rodó, como ocurre casi siempre, este misticismo se vierte en fórmulas tan explícitas como generales. Sólo *la religiosidad* o *la religión literarias*, o *artísticas* o *de la belleza*, servidas por *los frailes del arte*, *los monjes de la belleza*, alcanza *el misticismo del arte* que permite recibir *la luz de la belleza*, vivir *el sueño de lo bello* o *el sueño literario*, participar de *los dones divinos del arte*. La grandeza del artista implica una ética de la experiencia que no se hurta a *la hipertrofia de la sensibilidad y la imaginación*, con todas sus previsibles consecuencias.

Cabe preguntarse aquí si este misticismo del arte, como solía ocurrir, estaba justificado sólo por una fruición más completa, afinada y repetible que la de los sentidos — y esto es lo que parece a menudo resultar — o equivalía a esa “summa”, a esa integración cabal de la experiencia religiosa, filosófica y vital que esos “misticismos” de su tiempo querían representar.

Si el análisis sigue esta pista, es posible concluir que los resultados son inesperadamente decepcionantes. Y es que si se pone al margen la realización personal total, el cumplimiento vital que involucra para el creador la obra literaria — “la gesta” que se exalta en tres fragmentos muy conocidos — el resto es bastante magro. Porque (podada la hojarasca verbal) son relativamente modestas las funciones que se le reconocen en este libro a la literatura, al arte. Si ellas se recapitulan, resultan ser — además de la muy reiterada de significar una fruición superior — la tan romántica de constituir un bálsamo (*palabra a la duda, al desconsuelo, a la pena*) y un estímulo a la acción, a la que sería capaz de sobrelevar, eventualmente, hasta

PROLOGO

el plano heroico. En forma más amplia — y a estar a su “Decir las cosas bien” — Rodó tenía conciencia de un impacto genérico del arte y la poesía en la vida, aunque más polemizable es que poseyera una noción muy clara de en qué forma aquél se ejercía. Agréguese todavía la idea, tan común, que hace del arte un medio de comunicación entre los hombres y aun la de implicar una seguridad existencial: *la evidencia de la Belleza* frente a la incertidumbre de la Verdad.

Sería objetable esta enumeración — hay que reconocerlo — si faltara en ella la noción del arte y la poesía como “revelaciones”, como instrumentos no discursivos de penetración en lo real, capaces de alcanzar un conocimiento inmediato y seguro de “lo más hondo”. Tal dimensión de la función estética no está ausente de los estudios de Rodó, pero también se puede decir que se reitera en ellos mucho menos de lo previsible. De cualquier manera, *arrancar notas a la música de las cosas*, desentrañar significados del mundo, reproducirlos en el lenguaje de las formas, se acompañaba con el otro y fundamental conocimiento: el del hombre mismo. Es el proceso, sobremano complejo, a través del cual el receptor siente la palabra del poeta como autorrevelación ya que éste, al asumir a todos sus semejantes, logra que, por analogía, sus lectores hagan un solo momento de la identificación y el reconocimiento. Hay ecos de un famoso texto de las cartas de John Keats en todo esto, y aun los hay mayores, en el elaborado pasaje en que se explana *que, a pesar de buscar la poesía dentro de sí mismo, el poeta íntimo llega a ser el más universal — casi diría el más impersonal — de todos los poetas*, pues, a fuerza de asumir lo común (y aun de esa “extinción de la perso-

PROLOGO

nalidad" de que hablaría más tarde T. S. Eliot) a todos hace posible que allí reconozcamos *nuestras sensaciones actuales o aquellas de que sabemos por el recuerdo*, lo que hace de la lírica y sus expresiones cimeras *una poesía más de todos, más impersonal, más cercana a la universalidad* que todas las varias formas que en las preceptivas le acompañaban.

III

Todo lo anterior representa, en sustancia, lo explícito del "misticismo estético" de Rodó, un misticismo que, atenidos al libro, no parece demasiado rico en el plano conceptual pero puede ser sin duda capaz de desbordar a una vida si es el norte ferviente de la actividad creadora y meditativa. Completa, además (pues Rodó en su "sincretismo" irreprimible no se dejaba ir con facilidad a exclusiones tajantes) ese plano de lo que cabe llamar variablemente "lo espiritual", "lo ideal" o "lo desinteresado".

Ya se ha insistido demasiado en esa ambigüedad larvada a todo lo largo del libro (y aun de Rodó entero), que comienza por esa actitud de reconocer para el orden ideal su promoción e infraestructura vital, su necesidad de sostén en lo biológico y natural, el surgimiento de los valores en la experiencia, la cercanía y vigilancia de "lo real" sobre "el vuelo de las ideas". Pero mientras la inmensa mayoría de los que destacan el condicionamiento o causación de la órbita de lo ideal es, justamente, para insistir sobre ella, en Rodó se da el movimiento inverso. Pagados los tributos de la dependencia la órbita ideal se gobierna por sí sola y por sí sola se magnifica a monumental relevancia.

PROLOGO

Llegados a este punto y puestos a señalar algunos elementos y algunas ausencias, debe sostenerse que el mundo de la trascendencia religiosa, el orden de lo divino y su inevitable implicación de un Espíritu sustancial no es lo que altera el esquema realista de su tiempo. Si se rastrea "El Mirador" tratando de seguir las eventuales ideas de Rodó en esta materia, sólo se advertirá una vaguísima afinidad entre ciertas formas de su idealismo y cualquier fe religiosa explícita. Mientras tanto son muy definidas — aunque esto represente otro plano — las manifestaciones de su adhesión y simpatía a la línea occidental de secularización socio-cultural a costa de los poderes de la Iglesia, una actitud ésta que el ensayo sobre Montalvo testimonia fehacientemente. Pero como Rodó era un intelectual y, por intelectual, hombre de matices, esto no le cerraba a juzgar nociva y disfuncional esa secularización, cuando ella llegaba al anticlericalismo en ambientes que, como su propio Uruguay, fueron tan poco marcados por cualquier poder eclesiástico en forma. Gratuito e inauténtico le pareció aquí el impulso, que en el Ecuador creía merecedor de formidable pujanza.

Más allá de lo histórico e institucional, en el círculo estrictamente teológico, no será injusto afirmar que el pensamiento de Rodó se movió entre cierta incredulidad insatisfecha y un borroso anhelo de fe, dentro de un vaivén que es muy característico de los ingenios del 900 y suele abundar en ambigüedades y aun en matices diletantescos. Así por ejemplo, en la mención a Dios que corre en "Mi retablo de Navidad", de su *justicia morosa* y su *amor inactivo* habló, en fórmula elegante y poco comprometedora, muy adecuada para lectores apacibles. Mucho más específica, auténtica y directa es en cambio la idea de un Dios "in fieri", de

un Dios identificado con el desenvolvimiento de la especie y de la conciencia humana, generado estrictamente en el curso de la aventura del hombre en el mundo, en el proceso de una humanización que acontece, sin salto cualitativo, a devenir una deificación. Es una idea de clara raíz hegeliana-renaniana (por lo menos ese es su origen en Rodó) que toca muy hondos estratos de la esperanza de la Modernidad; representa, si bien se mira, una expresión más extrema de aquella espiritualización de la Naturaleza, de aquel florecimiento del Ideal desde los senos más ciegos de la Vida que hacia el final de "Ariel" invocara.

Con todo, lo que seguramente precisa mejor el énfasis puesto en ese plano de lo genéricamente "ideal", de lo indiscriminadamente "desinteresado", es observar la fuerza simétricamente grande que se presta a sus antítesis. Porque si hay algo que se reitera en "El Mirador" hasta la saciedad es el desprecio de *lo vulgar, la vulgaridad* y de las muchas variantes a las que se echa mano: *lo prosaico, lo plebeyo, lo zafio, lo pedestre, lo grosero, la mediocridad*. Ya en "Ariel" — también — había asomado esta animadversión, dando motivo a la sobria reserva de Unamuno, advirtiéndole a Rodó contra el peligro de ser *injusto, acaso, en demasía con la vulgaridad*.

Todos los términos de reciente enumeración actúan en las ocasiones que en el libro se recurre a ellos, como explícitos antagonistas de cualquier componente del manojito de lo Ideal, como cegueras diversas para su apreciación y su experiencia. Esto es: a lo espiritual, como suficiencia y autonomía; a lo selecto, como fruto del don discriminador; a lo desinteresado, como inmunidad a lo hedónico e inmediato; a lo ideal, como orden de lo intangible, imaginable, trascendente; a los

valores éticos y también — “last but not least” — a todas las calidades del refinamiento estético y vital.

Pero lo que aquí realmente importa es tratar de penetrar en qué dimensiones se concretaban para Rodó los dos grandes antagonistas. No intentarlo es dejar el asunto en el reino de la abstracción, en el de los calificativos sin objeto a qué asirse. Porque lo ideal, lo espiritual se encarnan, signan actitudes, gentes, conductas y lo mismo hacen lo vulgar y lo plebeyo.

Las fórmulas generales abundan como es habitual, tanto para designar los modos genéricos de la vulgaridad como los depositarios de ella; sobran expresiones del tipo de *vulgo sin delicadeza de alma*, ni *cultura*, *la ambición grosera y torpe*, *la faz material y utilitaria de la civilización*, *el menosprecio de lo desinteresado*, *las estrechas propensiones del sentido común*. No faltan tampoco, ni mucho menos, las localizaciones abstractas de esta negatividad: *el vulgo*, ante todo, *la vulgaridad triunfante y ruidosa*, *el alarde inferior*, *el rebaño humano*, *las vulgaridades obscenas*. En cambio, si lo que se ha de alcanzar es la designación social de los hontanares de esta vulgaridad, la tarea no resulta fácil. Y es explicable. En determinadas contraproposiciones, lo ideal y lo vulgar parecen cortar verticalmente toda la estructura social, tocando mágicamente con su signo, a uno y otro lado, los seres individuales. *Lo vulgar ¿es lo común*, entonces? *¿La multitud de los mediocres?* ¿O es el pueblo, o la mayoría, o los pobres, o la masa? No faltan pasajes para concretar en ellos *el vulgo necio*, *el patrón colectivo y plebeyo*, los pasantes *del cieno de las calles*, los amantes de *la libertad vociferante y callejera*, los ganables al halago *demagógico y vulgar*. En ciertas ocasiones, parece ser la burguesía de su tiempo la depositaria y emisora de

PROLOGO

lo vulgar. Pues en ella pueden inscribirse, más que en cualquier otro sector, *ese vulgo semilustrado* que hace las reputaciones, esa *fuerza* aplebeyizadora que impone la necesidad de dinero, esa ignorancia del *único título de superioridad legítimo* que el trabajo concede. O, como lo dice más explícitamente en "Rumbos nuevos", esa clase erigida sobre *la pasión de bienestar y riqueza, con su cortejo de frivolidad sensual y de cinismo epicúreo, esa burguesía adinerada y colecticia, sin sentimiento patrio, ni delicadeza moral, ni altivez, ni gusto.*

Todo, reconocerlo es honesto, puede ser. Y esa posibilidad hará necesaria la referencia a una clave rodoniana esencial, que tal es la ambigüedad, por no decir la desorientación en la conciencia de su enclave social. Tal examen tendrá su lugar, pero vale ahora la pena señalar que el polo positivo de la antítesis: esa *espiritualidad, ese desinterés, esa idealidad* posee también su calificación genérica. Es un adjetivo tan empleado como *vulgar* y de tan ubícuo funcionamiento como éste. Es lo *aristocrático*. En sus "Literary currents in Spanish America", Pedro Henríquez Ureña ya apuntaba la profusión del término en los escritores del 900 y el tema de su empleo y de su exacto sentido representa una cuestión capital para la comprensión de ese brillante período de nuestra cultura. Más de una docena de veces en "El Mirador" emplea Rodó la palabra, y la cantidad no sería excesiva si cada vez no fuera usada por él, con valor de supremo encomio, con intención de decisivo fallo de excelencias. De pareja manera a su antítesis vulgar, lo aristocrático se connota en la forma variada: vital, social, frutiva, estética, éticamente. Y es así actitud moral: norma de *apartamiento y silencio frente a la vulgaridad triunfante y ruidosa, superioridad y altivez, sentido del honor, de*

la limpieza de la honra. Y es virtud biológica en las razas de las preponderantes y nobles. Y es excelencia social en la concepción de la jerarquía humana o en las ventajas del mecenazgo artístico. Y es atributo vital: refinamientos y exquisiteces de la naturaleza o intelectual y estético: templanza, delicadeza y pulcritud del gusto, sentido de los matices, forma, sentido perfecto de la belleza. A todos estos dechados hace compañía el sello aristocrático (o está implícito en ellos), pero también la adhesión de Rodó a él, toca su ápice en algunas páginas, como es el caso de las dedicadas a Guido y Spano o el pasaje, más breve, en que se evoca al Bolívar mozo.

De tal encomio de lo selecto se abre la perspectiva de las implícitas actitudes sociales que conlleva. Pero, antes de pasarse a ellas, debe registrarse la preocupación de Rodó porque el orbe de los valores positivos estuviera dotado de custodias institucionales. O, como él lo decía, *las idealidades inmanentes* podían tener y tenían — aunque no en Latinoamérica, ciertamente — las garantías que le prestan *la alta investigación científica y artística, la selección de clases dirigentes, la nobleza a que obliga la tradición.*

También al Héroe. Si "El Mirador de Próspero" contiene, como quiere Luis Gil Salguero, una teoría del héroe y de la promoción de lo heroico en América,¹⁷ no es eludible concebir al héroe como la fuerza, la dinámica de ese ideal en su incandescencia más generosa. Sobre todo en esos períodos germinales y revueltos

17 Luis Gil Salguero: "Ideario de Rodó", Montevideo, 1943. Debe agregarse que además de los realizados sobre Bolívar y Montalvo, Rodó preparaba estudios de tipo similar sobre el Inca Garcilaso y Martí (Cf. "Crítica", de Buenos Aires, N° I, 14 de febrero de 1914). Eran dos personajes que, por distintos motivos, debía encontrar llenos de sugestión.

PROLOGO

en los que, naturalmente, ninguna institución, ninguna valla firme son posibles. Enmarañado en la contingencia, hundido en lo inmanente, el héroe y su desmedido afán icáreo ilustra bien la concepción continuista de esa espiritualidad y esa florecida humanidad que asciende sin término desde los posos últimos de la Naturaleza.

Con todo, para mantener hasta el fin "la otra" relación entre el orden del espíritu y el orden de la vida, aquella a la que todo su temple intelectual le arrastraba, Rodó dejó a lo largo del libro los símbolos de la góndola y el alazán. Fueron para el caso sus cisnes particulares. Ligeros, disparados, graciosos, sufren el peso de la materia y del destino. Su vocación es el "non serviam". Aunque a la góndola, como al alazán, puede ocurrirle también que sea *vendido por groseras y mercenarias manos, para faenas rústicas, símbolo de la inmediata utilidad y del orden prosaico de la vida.*

IV

Pero si hay algo inequívoco detrás de esta latitud o de otras posibles, es el lugar que al "ideal" le corresponde en la jerarquía social y en el desenvolvimiento histórico. Superior y posterior, o superior por posterior o a la inversa, la acción de la llama del ideal, la irradiación evangélica de gracia y espiritualidad parecen implicar regularmente una levitación definida que el orden ideal ejercería en la masa pasiva del mundo empírico. Se dijo: regularmente. Porque tampoco faltan en los ensayos del libro expresiones que involucran en forma más radical, una mediatización de toda la vida social a su servicio, a una postura reverencial a cierta esfera gratuita, lujosa, de experiencia "ideal" a

cargo y para regodeo de unos pocos exquisitos. Porque es difícil según Rodó la atmósfera para *la llama del ideal en sociedades embrionarias e inestables como las nuestras* cuando si de inversa, de servicial manera se concibiera esa ignición, las sociedades embrionarias e inestables son las más dóciles, las más propicias a la energía espiritual creadora y modeladora. Y, de similar modo, las colectividades de nuestro tipo son juzgadas inhospitalarias para el ideal, para *las cosas desinteresadas del espíritu*, puesto que *las nobles superioridades de la inteligencia son flor exquisita y tardía de la civilización*. Y aquella misma "predicación evangélica" (una expresión que mucho gustaba a Rodó) está limitada por su sólo ser *de gracia y espiritualidad*, lo que la hace específicamente difícil en *sociedades fenicias y vulgares*.

Rodó, en suma, no despeja tampoco aquí el equívoco entre una idealidad ostentosa y corolaria y otras diversas, ya viertan el impulso de una normatividad ético-social, ya expresen el afán de trascendencia del hombre, la necesidad de una experiencia espiritual que sea capaz de salir incólume de todos los condicionamientos.

Ello se hace evidente si se recapitulan los numerosos pasajes de "El Mirador" en los que se plantea, o meramente insinúa, una deontología de la inteligencia y un concepto de la función, deberes y derechos del intelectual.

Porque el intelectual también representa para él una cúspide, una flor de la civilización, *un patriciado*, una aristocracia de almas. Difíciles son sus tareas y angosto su espacio en sociedades urgidadas, trabajosa — dondequiera que ella sea necesaria — la afirmación de *las legítimas aristocracias del espíritu* contra el pres-

tigio menguado, la medianía insolente, la vergonzosa autoridad y la caprichosa fortuna.

Para Rodó, el destino del intelectual, del "hombre de pensamiento", del integrante de la élite culta parecería ser, esencialmente, el de la contemplación recatada y placentera, la *voluptuosidad aristocrática* del vivirse para sí. Pero en la modificación de la circunstancia histórico-social, el deber militante — el "compromiso" de hoy — la actitud misional y de servicio cabe que asuma la primacía, sin poder dejar de observarse que es, justamente esa circunstancia, la que en determinados casos invierte la jerarquía deseable de los modos de vida. Porque aun en *el ceñirse a las realidades del mundo*, aun en la acción política le resultaba imponible dejar un rincón desembarazado para la contemplación. Y si consideraba al arte y las letras un *sublime magisterio*, no dejaba Rodó de considerarlas, últimamente, *irresponsables*.

Esta dualidad, aparentemente incapaz de llegar a una síntesis más honda o a un plano más elevado es idéntica a la que en la misma obra de arte se despliega, según lo exponía el autor en su página sobre "Una bandera literaria". Porque *la creación de belleza* posee un *valor sustancial*, el arte autonomía y soberana independencia pero — *además* — el artista, el escritor *es ciudadano, es pensador, es hombre* y puede, por ello, hacer obra militante y, dándole a su criatura una intención pragmática, ser capaz de concederle *cierta especie de belleza que sin ella carecería*.

En este planteo genérico el arte comprometido es de ese modo una mera posibilidad, si bien implique ganancias eventuales. Pero, regularmente, en determinadas latitudes de espacio y tiempo, el servicio del arte, su función social aparece como una exigencia ética,

como un deber irrecusable. El que lo desertara ya no privaría a su obra de aquella *cierta belleza* sino incluso — aunque Rodó no lo haga explícito — le agregaría una fealdad inesperada.

Tal urgencia, tal necesidad era justamente la que imponía la concreta circunstancia latinoamericana en todos los períodos recordables pero, en especial, desde que nuestras naciones asomaron a un inconcluso proceso de independencia. De ahí sale la norma suprema que para Rodó constituía la postura de devoción americana, el valor de hundir las manos en el *barro de América*. Esa osadía, esa entereza era para él la seña de todos los grandes que en el continente han vivido, la marca de esa “teoría de los héroes” en la que sólo tuvo tiempo de incluir a Bolívar y a Montalvo. Aunque, en su pensamiento, también tenía expresiones más humildes y cotidianas y tal es el caso de la faena periodística, coyunda, servidumbre, deber agotador y devorante pero, al mismo tiempo órgano de agilidad expresiva y afinación del decir, al que pocos ingenios de nuestro mundo han escapado.

En suma: que el “desinterés” básico del arte sólo es viable (éticamente viable) si existe estabilidad económica y social — plenitud histórica cabal, comunidad en forma — y es obvio que esa estabilidad, esa plenitud, el mundo americano no las ha conocido.

Por eso el escape hacia el azul, ese transporte hacia la libertad de constricciones que tenía su gran símbolo en la Europa soñada se legitima, pero sólo entonces, cuando tras las espaldas queda el deber cumplido en el contorno americano.

Como es previsible, Rodó no concebía la participación del intelectual en el orden de la sociedad como una mera concurrencia, indiscriminada en estilo y pro-

pósitos respecto a los de las demás categorías humanas. Algo hay en la concepción de su operancia que la vincula a un majestuoso descendimiento del Espíritu o del Nous sobre la Jerusalén terrestre: el pensador otea desde su *atalaya* y, episcopalmente, asume la *cura de almas*, impone su dirección a la muchedumbre que se rinde, *como la cera al sello, a la palabra del poeta y a la promesa del visionario*.

En este descendimiento se involucra también un estilo de acción: es aquel equilibrio "entre el fanático y el escéptico" que expuso en "Rumbos nuevos" y que, al principio de estas páginas, se emparentó con la parábola "Los seis peregrinos". Aunque sólo se vertiera en formas que hoy nos parecen balbuceantes — el imperialismo racial anglogermánico, el "kaiserismo", la democracia radical de masas, la acción directa anárquica, la pasión polémica de los emigrados rusos — el mundo empezaba a vivir inquietamente la revivificación lalcizada de las ortodoxias. Y es un signo de su sensibilidad esta inquietud de Rodó por hallar una respuesta.

V

Se quedó, entonces, en que idealmente, el destino del hombre de pensamiento es contemplativo y frutivo, si bien, en determinadas circunstancias — como las de América, las de nuestro tiempo — ese hombre tiene que servir primero a su deber cívico aunque no sin dejar su reparo a la meditación contemplativa (si personalmente se concibe una actitud) o no sin construir refugios para el *pensamiento desinteresado, la meditación, el arte* (si corporativamente se enfoca la cuestión).

Pero aun en esta deontología del sector intelectual se hacen presentes, ahora, dos nuevos dualismos. Toman sobre sí la función de deslindar el área de ejercicio, de responder a la recíproca acción, al vaivén dialéctico de libertad y constricción.

Porque hay un aquí y un ahora (o un aquí y un entonces) que asumir y cuya evasión comenzaba por aparecerle a todos "los éticos" del 900 no tanto imposible — quedaba siempre el "sueño" y el "refugio" — como empobrecedora y un si es no es innoble. Aunque Rodó planteó la cuestión en el orden estrictamente literario, sus reflexiones poseen validez aunque se las transfiera al plano cultural más genérico.

Su fidelidad al contorno espacial — o lo que hoy se considera "arraigo" o "radicación" — se presentaba para él bajo el cariz de *localismo*. Ese localismo es en sus juicios siempre condición de "originalidad", pues debe observarse que la más cabal palabra "autenticidad" que al presente usamos, no entraba en su radio terminológico. Ineludible como punto de partida, como perspectiva originaria, Rodó sabía cuáles eran los síntomas que para mostrar ese localismo eran literariamente ineficaces — *colores, temas* —; más discutible, por más que no sea fácil reducirlo a receta o a norma, es que fuera capaz de indicar bien cuáles eran los que efectivamente funcionaban, en qué radicaba esa esquivada seña de veracidad espacial.

Si se los compara con lo anterior resulta claro que mucho más firme se sentía Rodó concibiendo los presupuestos de lo que — social, colectivamente, más allá de la creatividad o el mimetismo individuales — podía hacer seguro el "valor local". Por eso sabía bien lo que pedía cuando reclamaba una *personalidad*

nacional constituida y enérgica, un espíritu autónomo, una cultura propia, un carácter social definido.

Dos únicas observaciones merece este petitorio y es una, la que la posesión de tales dones ya supone la viva operación de lo que se supondría, son sus corolarios; es la otra que, a contrario sensu, Rodó planteaba un tema tan acuciantemente americano como lo es el de la sociología de la imitación.

Pero hay algo en este punto que vale mucho más la pena subrayar. Y es que Rodó, a diferencia de muchos predicadores del arraigo (americano, aquí) al modo extrahistórico y casi se diría mineral, sabía que si el hombre vive en el espacio, también lo hace en el tiempo. Doble dimensión, entonces, lo entorna y el tiempo es preciso, impositivo, invasor. Lo que en su ensayo sobre Juan María Gutiérrez llamaba *la vida de la ciudad* — una estructura genérica — y la pertenencia a *una misma civilización*, eran sus fórmulas para lo que ahora se designa como la universal sociedad industrial y las pautas de pensamiento y de conducta que allí donde se instaura, promueve. Una densa temporalidad, entonces, que determina que fenómenos técnicos o espirituales que pueden ocurrir en nuestras antípodas (¡oh ubicuas radios japonesas!) afecten más decisivamente nuestras costumbres, influyan en nuestros destinos de modo más radical que muchos meteoros que en torno nuestro se despliegan o el concreto particular pasado con que cada grupo humano cuenta.

De cualquier manera, la radicación en un tiempo y un espacio dados, es la premisa de toda correcta toma de conciencia del mundo que el intelectual realice. Desde aquí, y como de nuevo es previsible, Rodó no creía que esto pudiera implicar la desconfianza o la incomunicación con lo que suele llamarse "lo univer-

sal", esa universalidad que, como todos los hombres de su época y su clase, identificaba con las significaciones — expansivas, magnificadas — de los propios particularismos de las culturas y poderes rectores, con aquellas porciones de lo inglés, lo francés, lo alemán, lo español que por obra del éxito histórico, de la acumulación de riqueza, de la victoria sobre las constricciones inmediatas, había podido levantarse, aparentemente incondicionado, a coronar las torres del mundo.

Que supusiera la posibilidad de una imitación servil y desatentada es sobremanera evidente; cerrarse a *las influencias* le parecería un horror y una disonancia al temple americano. Hay que atender al calor con que en su discurso a France se refirió a *una patria universal que, por encima de las fronteras y las razas forman el pensamiento y el arte, a un vasto y único escenario para ellos.*

Si se piensa quién era el que estas palabras le inspiraba, el tema de las relaciones entre América y Europa, el de la "alienación" rodoniana se plantea sin escape.

Se ha visto ya que la actitud militante y la participación en los intereses de la colectividad era para Rodó — iberoamericano de una época determinada — el paso primero de toda conducta válida. Se ha visto también que el goce estético, el ejercicio contemplativo sólo eran legítimos cuando este deber se considerase cumplido. Sin embargo, allí estaba siempre el resorte de la evasión tensísimo, la nostalgia viva de lo pleno, lo exquisito, lo maduro, el apetito de *ideas*, de *sugestiones*, de *ideales*, las experiencias *enriquecedoras*. Rodó no escapa a la regla de todos los hombres de su generación (y de las precedentes, y de la que le siguió)

PROLOGO

al concebir a Europa, en general, a Francia, en particular y a París, ombligo de las dos, como encarnación material, visible y vivible, de esa antífona del deber americano. Europa es nutrición y nostalgia, premio del deber cumplido y el escape mismo cuando ese cumplimiento se hace imposible o la represión del medio es demasiado letal. También — ¿por qué no subrayarlo? — podía ser la recompensa adelantada, como lo reconoció Rodó en su estudio sobre Montalvo, este héroe del deber americano, que, tras su primer viaje volvió al Ecuador muy a pesar suyo.

Las *civilizaciones maduras*, de *serenidad superior*, las *civilizaciones seculares*, ricas de *idealidades inmanentes* constituyen el modelo, y el genérico destino de América se fija en una dialéctica de recepción y de respuesta: imitar pero digiriendo, ser tributaria pero con anhelos de *emancipación intelectual*. Construir una versión de Europa pero no una versión servil, tener conciencia de umbilicalidad pero asimismo bríos de originalidad.

Despojado de su elegante ropaje, este vaivén concesivo de Rodó (hay que confesarlo) no resultaba — aun entonces — demasiado original. Todos los moderadísimos modernistas y la mayor parte de sus sucesores, rindieron homenaje verbal a él. Y cuando el equilibrio se rompa, será más a menudo a favor del mimetismo, que de una rispida (y proyectiva) singularidad iberoamericana. Porque el apoyo existencial de estas posturas es invariable: si América es el deber, también es el opresivo anillo del destierro, la repulsión y la caída. Su bajeza achica la estatura de sus hombres cumbres: ¡qué no hubieran sido ellos en ese escenario de París que es la *patria de adopción* para un sentir al que

pocas almas generosas (y ningún "rastacuero" sudamericano) resisten!

Situar toda esta esplendorosa zona de lo normativo y lo ideal más allá de las fronteras del hemisferio a que se pertenece es, probablemente, una de las formas de esa tan compleja "alienación" que en Marx tiene sentido relativamente preciso y hoy cubre una multiplicación casi fabulosa de situaciones y relaciones. La "extranjería" o "extranjeridad" implícita en aquella actividad es evidente, pues por mucho que se predique el deber hacia la propia circunstancia, la comprensión de sus modalidades, la necesidad de la adaptación y el ajuste a las inflexiones de la realidad entornante, las normas, los dechados, los patrones sólo son nominalmente universales y sí, en realidad, el escamoteo "ideológico", el disfraz generalizante de lo inflexiblemente condicionado y particular. Y aun puede señalarse que esto se hace más evidente si se recuerda lo postergados que aparecen en Rodó los dos extremos del espectro de la cultura que, por su naturaleza, saben escapar mejor a toda localización condicionadora. Como ya se dijo, todas las humildes, prosaicas manifestaciones del vivir común, corrían peligro de ser recubiertas con el rótulo perentorio de "lo vulgar" y tampoco, como se dijo también, por lo menos hasta este 1913, parecen haberle obsedido mucho en sus expresiones más problemáticas y hondas, las radicales cuestiones del existir y del morir, capaces, bajo el diverso condicionamiento de cada cultura, de reaparecer en todos los tiempos y latitudes del hombre.

El tema podría profundizarse más. Porque no sería imposible demostrar que Rodó (y todo latinoamericano culto con él), adoptaba ante Europa una actitud que se parece extrañamente a la que Marx, en su exa-

men de la "alienación económica" y la "alienación política" sostiene que el alienado adopta ante la Mercancía o el Estado. Esto es: ajenidad, reverencia, ignorancia de que están hechos con su propia sustancia. Pues lejano estaba el tiempo en que se sentiría en los más diversos márgenes del mundo — y el Uruguay no era sin duda un lugar propicio para que esa conciencia naciera — que mucho del esplendor de Europa estaba tejido de una secuestrada (e irrecuperable) materia ajena.

La actitud de Rodó — no hay ni que decirlo — se hallaba muy distante de cualquier inferencia de este tipo y esto trae a colación el decisivo tema del prospecto latinoamericano en su pensamiento.

"Prospecto" latinoamericano. Porque le importó más que la Latinoamérica vigente, la Latinoamérica anhelada. El perfil de su futuro no es nunca muy rotundo, pero si se quiere presumir lo qué encierra, con qué se piensa planificarla, hay que recurrir a las concepciones políticas, sociales, históricas, culturales de cada pensador. Rodó no escapa a esta ley. Aunque, antes de todo ello ¿cómo desencadenar el proceso hacia la ansiada plenitud?

Parecería que primero que nada le era urgente integrar los patrimonios humanos y espirituales de la cultura europea y los de las culturas nacionales que más afines consideraba con el proyecto latinoamericano. No se concibe la afirmación rodoniana de la originalidad de América sin el correlativo movimiento de filiación, la de la independencia sin el previo fortalecimiento de vínculos admirativos y nutricios. Si se va de lo más amplio a lo más estrecho, se advierte que el marco de inserción general está representado para Rodó por esa *civilización cristiana que mantiene, por*

encima de las mudanzas y los siglos, la enseña capitana del mundo. Dentro de ella — haciendo más fuerte la continuidad de raza y de civilización — obraba esa genérica "latinidad" (que también incluía, prologalmente, el legado de Grecia), que era movida por un alma en la que brillaban la claridad de la razón, el sentimiento del derecho, del arte, del sacrificio y representaba una unidad étnica e histórica de vitalidad irrefutable.

Al lector contemporáneo, muy precavido en esta materia, puede sorprender la profusión con que Rodó — e igualmente todos los escritores de su tiempo — emplea el término de *raza*. En realidad, la palabra servía no sólo para designar eventuales conglomerados étnicos supranacionales sino cualquier núcleo de rasgos bio-psicológicos peculiares o de trayectoria histórica distinta. Funciona en puridad, como un simple elemento de especificación y muy lejos parece de toda pretensión de jerarquizar a los hombres en mejores y peores de modo fatal, originario y colectivo. Si, por otra parte, se analiza el contenido del concepto, se advierte que en él se imbrican *vínculos de la naturaleza y de la historia*, con cierta primacía para los últimos. Pues son *el abolengo histórico y la tradición*, fuentes de *energía insustituible*, los que dinamizan este *sentimiento de raza, de comunidad de origen, de casta*, que pudiera ser pasivo si los otros coligantes, provenientes de la acción humana, no lo actualizaran.

Podrá observarse que las formas exacerbadas del racismo — que entonces proliferaban aunque con menos publicidad que en el presente — se cohonestaban con ese empleo tan aceptado de un término tan perentorio como impreciso. Y aún hay que señalar que Rodó, como muchos iberoamericanos de su tiempo, fue

PROLOGO

muy consciente de una forma de racismo que en especial nos atañía; hay que señalar igualmente que nunca la mencionó sino para rechazarla. Porque tenían una vasta circulación las tesis de la decadencia racial que en el pensamiento nórdico — germánico anglosajón — promovió el apogeo del período imperialista. La irremediable decrepitud de los pueblos de color, o indígenas, o mestizos, o latinos (todo entraba en el mismo saco) era artículo de fe para los profetas de la expansión imperial norteamericana, inglesa o alemana del 70, 80, 90 ó 1900. Y había una larga línea de teóricos desde los mayores — Gobineau, Houston S. Chamberlain — hasta escuchados epígonos como Desmolins. Por el mimetismo intelectual previsible esas posturas eran también las de los doctrinarios de la modernización en Iberoamérica, desde Sarmiento y Alberdi para adelante. Aunque hay que decir que hacia 1913 la boga de tales ideas ya era claramente recesiva, es un síntoma de que no estaban muertas el que Rodó creyera necesario amonestar contra esa *desconfianza a lo nativo y heredado* que promulgaban esos juicios en los que se juzgó *herida de irremediable decadencia la capacidad* de los pueblos latinos.

Entre las naciones que convencionalmente se consideraba tales (pues tan enorme era el aporte germánico en ellas), la devoción de Rodó y sus esperanzas iberoamericanas iban hacia Francia y hacia España. Muchas distinciones se podrían hacer entre lo que le llevaba hacia una y otra y es evidente que su adhesión a lo francés es anterior y más sólida, más "intelectual" que su simpatía por lo español. Lo cierto es que muchos textos de su obra, nacidos de motivos circunstanciales traducen, ya una devoción filial, ya una encandilada admiración. De España habla sólo en "El Mira-

dor" como *la España niña* y sus calidades de rudeza y generosidad. Era una audaz inversión del lugar común, este convertir las admitidas flaccidez y senectud en germinación y potencia. (Por ese tiempo, también, realizó para América el mismo trastrueque: "pueblo niño" por "pueblo enfermo", a propósito de una impresionante agorería del boliviano Alcides Arguedas).

Sobre Francia hay dos textos en "El Mirador": "A Anatole France" y "Bienvenida". Al momento de la aparición del libro faltaba menos de un año para que el estallido de la guerra mundial le suscitara páginas aún más devotas que ambas. Y si se atiende que para los latinoamericanos del 900, París y su nación eran el meridiano de la cultura, la gran *patria de adopción*, la imagen de la suma felicidad, no resulta disonante el ditirambo a que se dejaría llevar Rodó cada vez que se refiriera a ellas. Prestándole ese hipotético "genio nacional" que con mucha desaprensión se maneja, acumulará sobre ella tantos dones como son la *inteligencia*, la *jovialidad*, la *vida*, la *fecundidad*, la *libertad*, el *entusiasmo*, la *benevolencia*. El lector de hoy puede llegar a la sorpresa (o al compadecimiento, o a la irritación) ante el cándido transporte de fe que levantó tal himno para los oídos de aquel Anatole France, sardónico mandarín literario de "la belle époque", con su displicencia fácil y su cortísimo poder de simpatía, que había venido a nuestras playas a embolsar sus buenos francos oro a costa de unos públicos de los que afirmaba que, para hablarles, *on doit se mettre à quatre pattes, et faire joujou*.¹⁸

Para comprender tal aberración, hay que visualizar la situación de los americanistas del novecentismo.

¹⁸ Jean-Jacques Brousseau: "Itinéraire de Paris à Buenos-Ayres", París 1927, pág. 274.

PROLOGO

Marginales a la plenitud occidental, veían ante sí un repertorio de culturas y naciones a las que creían poder ceñir en unos trazos y condensar en unos pocos valores, por lo menos en todo lo que representara su proyección en el mundo. Tras ello, sobre ese repertorio de posibilidades, digitaban la soñada armonía americana; parecía posible una combinación de ingredientes para lograrla: tanto de lo español, tanto de lo francés, tanto de lo inglés. Y de lo griego, y de lo judeo-cristiano.

Esta inserción de elementos no se iba a practicar — claro está — sobre una tabla rasa. Ya la historia nos había dado una densidad, ya los cuatro siglos pasados nos habían modulado en lo latino, lo hispánico y lo galo. Y, grande o pequeña, acentuada o borrosa, el mundo latinoamericano y sus naciones habían esbozado una personalidad.

VI

Si hay un tema que en los planteos americanistas de Rodó — desde “Ariel” y aun desde antes — se reitera de manera obsesionante es éste de la *personalidad colectiva o nacional* en Latinoamérica. A estar sólo a “El Mirador”, casi diez veces se le alude o desarrolla. Porque algo así como un valor supremo, incondicionado y fundante, constituía para él, esa posesión de una personalidad social *diferenciada y constante*, dotada de *sello propio*, fuerza asimiladora incrementada por *la tradición y un culto al pasado*, y susceptible de ser robustecido por una historiografía que aúne *los esfuerzos de la investigación erudita* con el calor del *sentimiento del pueblo*.

Enfrentado en “Rumbos nuevos” con lo que en “Ariel” llamó la “nordomanía”, concluye Rodó que

no es posible la asimilación de los rasgos que peculiarizan a lo estadounidense, pero si todavía ello fuera *cosa que cabe en lo natural y en lo posible*, su tajante juicio le hacía verlo como el colmo de lo indeseable. Porque no cabía esa eventualidad sin descaracterizarse nuestros pueblos, sin *abdicación ilícita*, sin *mortal renunciamento*.

Lo grave era que aun sin esa "nordomanía" el renunciamento y la abdicación trabajaban en la entraña de las naciones del sur. No parece discutible que tras 1900 mucho más grave peligro que el prestigio del modelo norteamericano le resultaba *el aluvión invasor o cosmopolita, la civilización cosmopolita, el cosmopolitismo* genérico. La denuncia de esta fuerza se repite tantas veces como el encomio y la defensa de la personalidad colectiva puesto que siempre se dan juntos y contrapuntísticamente. Rodó califica — si bien de modo sumario — al cosmopolitismo y estos términos importan porque son casi el único medio con que se cuenta para establecer por qué razones, eran para él tan supremamente importante o la defensa, o la conquista, de esa "personalidad colectiva".

La cuestión posee considerable interés: esa asimilación entre la sociedad y el individuo en torno al valor de la "personalidad" es un lugar común del pensamiento histórico-político a partir del nacionalismo romántico, pero esa condición aparentemente "fundante" a que se aludió tiene que estar basada, a su vez, en determinados supuestos. Y esos supuestos, en un intelectual que no se expresa por reflejos o por instintos, han de resultar presumiblemente indagables.

En lo que a Rodó atañe, es casi seguro que en él actuaba el gusto característicamente liberal por lo vario y lo diverso; el mundo le hubiera parecido gris y

PROLOGO

horrible de imaginarlo poblado por una masa humana continua e indiferenciada. Esto también parece implicar que el valor de lo universal se le hacía más alto, más rico, si era el resultado del intercambio dialéctico de tensiones, del diálogo de las diferencias en vez de ser el simple reflejo de una sustancia única.

Todo lo anterior es deducción. Pero hay un pasaje en el que Rodó aventura que la personalidad nacional es condición de "originalidad", lo que resulta, de algún modo, que pertenecer a una comunidad con perfil es la única manera de ser auténtico, de no ser otro, de no existir, vicariamente, por los demás. Y todavía en su disgresión sobre los Estados Unidos se pueden rastrear dos nuevas razones: renunciar a la personalidad nacional significaría algo así como un suicidio colectivo, en tanto que la posesión plena de esa personalidad sería —entendiendo lo anterior "a contrario sensu"— la condición previa para el eficaz trámite de toda aculturación, de toda asimilación socio-cultural.

Muchos términos con que Rodó adjetiva al cosmopolitismo ratifican estas suposiciones. Pues le reprochaba *su vaguedad, ser improvisado, sin crisol, sin norte, implicar el abandono del pasado*. Puede pensarse, en cambio, que agrega nuevos trazos su tratarlo de *mercantil*, su identificarlo con el *materialismo* del período cartaginés, y el estilo *turbio, plebeyo, vulgar* de sociedades fenicias connotadas por una moral de *cinismo epicúreo, frivolidad sensual, engrandecimiento material y económico, utilitarismo, especulación* y desprecio por el *trabajo* cabal. Sociedades, todavía, divididas entre una burguesía *sin altivez, sin gusto, sentido patrio ni delicadeza moral* y una clase obrera formada por *elementos colecticios*, sin la solidaridad que *crea la nación*.

PROLOGO

Parece claro que a través de todas estas expresiones Rodó identificaba la personalidad nacional con el ya tan recurrido plano de lo ideal, lo desinteresado y espiritual. Un plano, o una esfera que, siempre en su perspectiva, se unimismaban con los viejos sectores directivos cultos, de entonación romántico-patricia, y cada vez más jaqueados por la nueva burguesía ascendente y un más incipiente, pero ya amenazador, proletariado.

Si este esquema vale para la promoción de personalidades nacionales, no necesita tampoco modificaciones para fundamentar el latinoamericanismo de Rodó. Sin embargo, él distinguía netamente entre la patria, como entidad de raíz biológica y emocional — *amor a la tierra, poesía del recuerdo, esperanzas de inmortalidad, arrobamientos de gloria* — y la unidad latino o hispanoamericana. Fenómeno del orden prospectivo e ideal era ésta y por eso, mientras a la personalidad nacional no le parecía urgente darle un contenido concreto, inversamente pensaba en lo atañadero a Latinoamérica. Para “el destino del continente” era necesario ordenar la materia de la empresa común, el contorno del “telos” hacia el cual se movería armónicamente toda energía creadora. Puesto a enunciar estos puntos, Rodó es descontablemente parco ¿es necesario decir que poco más hay que el trasplante de la modernidad europeo-latina, aun agregándole un “plus” inédito de “originalidad” y un impreciso nimbo mesiánico? Digamos: democracia culta, educada, piedad social, desarrollo intelectual. Sólo una vez en este largo libro se hace más explícito y es para recoger una transitada idea del '800: la misión de América consistirá en realizar, en encarnar las ideas de Justicia y Libertad,

PROLOGO

amenazadas en Europa y constreñidas por el peso de una tradición social que las es hostil.

Debe apuntarse que Rodó, en puridad, concebía el internacionalismo o el universalismo como lo estrictamente deseable — social y culturalmente — y es probable que haya pensado que el futuro, a largo plazo, estaba por ellos. Pero, al mismo tiempo, aquel instinto de patria, aureolado de modo tan persuasivo, le parecía indesarraigable. Hay que tener presente estos dos extremos puesto que el sentimiento de comunidad latinoamericana — y esto en dos explícitos pasajes — le resultaba la síntesis eficaz de ellos y permitía vencer al “nacionalismo estrecho” sin renegar del apego a la comarca, sublimando así lo negativo de una fuerte adhesión muy circunscrita y concretando lo nebuloso de otra demasiado amplia.

Pero no es un simple arbitrio lógico o pragmático. Rodó sentía religiosamente *la eterna unidad hispanoamericana, la patria grande, la magna patria indivisible*. Todo le parecía llevar a ella y por cuatro veces — lo que no es ciertamente poco — enumera a lo largo de “El Mirador” los coligantes de la unidad hispanoamericana. Y decía: *idioma, tradición, costumbres, origen, instituciones, intereses, contigüidad geográfica, destinos históricos, alma y genio propios, raza...* Importa señalar que mientras *la tradición* se mencionaba en las cuatro ocasiones y otros elementos — de algún modo sinónimos — dos o tres, *los intereses* sólo eran traídos a colación en una oportunidad.

Resultan así evidentes dos cosas. Una es que casi todos los enumerables pueden condensarse en un movimiento unitario de orden histórico, de contenido socio-cultural y del que la *raza* es enérgico aunque ambiguo símbolo, hable ya de *América española, de Hispano-*

américa o *Latinoamérica* o meramente *América*. Con la palabra última también se manejaba, como que sabía muy bien de lo que hablaba y lo que sus lectores entenderían por ella. Sólo en una ocasión se sintió llevado a precisar: *la nuestra*, la de *nuestra raza*. La advertencia, en puridad, era innecesaria. En 1913 la nitidez de las líneas de choque era demasiado grande como para que nadie se llamara a engaño. El estilo primitivo de la proyección de los Estados Unidos sobre los países del Sur, — prepotencia, atropello, desprecio, explotación despiadadas, — recién iniciaba su precario proceso de sustitución por el de la hipocresía; la trampa que para nuestra libertad y nuestros intereses representan las instituciones panamericanas de nuestros días se hallaba en conato; la “civilización occidental y cristiana” no estaba todavía en jaque y nuestras orondas burguesías de entonces, filiales de Europa, aun *sin sentido patrio*, no se sentían tan atemorizadas que estuvieran dispuestas a echarse en brazos del primero que les asegurara la supervivencia de su “status”.

Con esta reflexión necesaria se toca un punto que es capital en la significación de Rodó y cuya falta, sin embargo, se hace visible en el libro. El apóstol de la resistencia cultural a los Estados Unidos sólo se refiere aquí al asunto en “Rumbos nuevos”, haciéndolo a propósito de aquellas asimilaciones de sustancias entre pueblo y pueblo a las que juzgaba tanto imposibles como indeseables. Y agregaba que eso lo creía así por admirable que pudiera ser el modelo, que tal era justamente para él el de los Estados Unidos, tanto por su *grandeza extraordinaria* como *modelo real*, cuanto por *las positivas ventajas y excelencias del modelo ideal*.

Es evidente que Rodó — y con él muchos antipe-
rialistas de tiempo — barruntaba que la resistencia a
lo yanki no podía afirmarse en el apego a las pautas
de un tipo de “sociedad tradicional”, pobre, retórica,
desarbolada, ineficiente, débil. Así lo hicieron notar
hacia 1900 algunas contundentes demoliciones críticas
de “Ariel” y el precedente juicio parecería abonar que
su autor no había sido impermeable a ellas. Sin em-
bargo, si bien se le mira, el breve elogio es una forma
más del *aunque no les amo, les admito*. Una frase tan
extraordinaria (permítase esta breve digresión) por
su larga fama como por expresar mejor que ninguna
otra el llamado “colonialismo mental” de las élites la-
tinoamericanas, al admitir, aun sea como mera posibi-
lidad, el “amor” — entrega, identificación, dualidad
vencida — a otra entidad supraindividual que no sea
la propia comunidad (y, por ampliación, las análogas
a ella en pasado y destino.)

Si al juicio anterior se agrega que sólo en una opor-
tunidad (y eso para referirlo a una afirmación de su
interlocutor el dominicano García Godoy) aludía Rodó
a la fortificación de *la conciencia de un pueblo para
resistir a las amenazas de absorción a que dé aparentes
facilidades la debilidad material* y si se recuerda aún
la ya referida solitaria mención a los *intereses* que nos
identifican, una conclusión, bastante desusada, se hace
posible. Es la de que Rodó, si no era ciego, era sí rela-
tivamente átono a las faces más brutales, visibles, acu-
ciantes del imperialismo y la presencia norteamerica-
na en Latinoamérica.

En la página dedicada a la poesía de Frugoni men-
taba Rodó crípticamente a las pasiones colectivas que
en 1902 no tocaban al vate, pero sí a él. ¿Tenía en vista,
acaso, la agresión a Colombia, seguida de la escisión

de Panamá, ocurrida ese año? Lo cierto es que todavía, en un borrador de 1909 —el ya dicho nonato discurso sobre Brasil— el pasaje en que se juzga el fenómeno imperialista lleva a pensar que Rodó se atenia mucho más a las formas clásicas del imperialismo militar europeo, que a las nuevas formas que el ascenso del capitalismo monopolista le estaba imprimiendo en todo el mundo y, especialmente en América.¹⁹

Todo lo anterior tiene importancia si se reflexiona en el papel decisivo que los estudiosos norteamericanos de Latinoamérica le asignan a Rodó en la promoción del sentimiento antinorteamericano en el continente. Incapaces de concebir, en su ingenuo narcisismo, que ese sentimiento pueda originarse en los hechos mismos, presentan una irresistible proclividad a atribuir al "Ariel" y a su autor la paternidad de esta corriente y es penoso ver caer en desenfoque tal a escritores de la sagacidad de un Kalman Silvert²⁰ y otros de parecida categoría.

19 También cabría opinar que la mención a tales formas tenía especial sentido si era en Brasil que había de realizarse, puesto que esta fue la nación latinoamericana que practicó, más que ninguna otra, un expansionismo militar y territorial de módulos europeos. El texto, simplificado las variantes, es el que sigue: "Si por imperialismo entendemos un ideal de hegemonía y expansión fundadas en la superioridad de la fuerza material y de la fuerza económica, con desconsideración de todo obstáculo de moralidad o de derecho, que no se traduzca en una resistencia materialmente insuperable para el poder de las armas o el poder de la riqueza —y ésta y no otra es la esencia de los imperialismos— yo creo que ningún espíritu genuinamente americano, lealmente americano puede ver en una aspiración semejante otra cosa que una quimera insana —no tanto por prematura en pueblos que aún necesitan poblarse y caracterizarse— cuanto por monstruosamente contraria a todas las finalidades y todas las tendencias que la naturaleza y la historia tienen preñadas al espíritu de América" (José Enrique Etcheverry: "Un discurso de Rodó sobre el Brasil", pág. 43).

20 Kalman H. Silvert: "La sociedad problema", Buenos Aires, 1962, págs. 148 y ss.

PROLOGO

Pero antes de cerrar esta reflexión, hay todavía un punto que vale la pena mear. De la lectura de los pasajes antecitados, parece surgir que la entidad de lo latinoamericano se hacía presente en Rodó por vía historicista y "asociacionista": tantas convergencias, prolijamente revisadas, determinarían la unidad y la proyección de ella hacia lo porvenir. En "Montalvo" sufre este planteo un sorpresivo vuelco. Allí se sostiene que *la integridad de la conciencia americana que comprende el sentimiento profético de la cabal grandeza de nuestro destino* es la que determina el sentimiento correlativo de la cabal grandeza de nuestro pasado. Sin destino, sin misión, sin futuro, todos los coligantes se desmigajarían sobre la mesa de la crítica. Es un matiz que acerca grandemente a Rodó al tipo de militancia por "la patria grande" que es característica de toda conciencia honesta en el continente de nuestros días.

VII

Buen ambiente han tenido, salvo excepciones, las ideas políticas de Rodó, esas ideas que tuvieron su formulación más orgánica, más madura, en ciertos y famosos pasajes de "Ariel". Eran los que expedían la concepción de una *democracia* moderada por el culto y el respeto de las *superioridades legítimas*.

Obsérvese, con todo, que no eran las fórmulas lo difícil y las de Rodó, como siempre, resultaron lo suficientemente airosas. Lo que entonces y hoy parece trabajoso es visualizar, concretar que régimen político-social se perfila tras ellas, salvo, naturalmente, la improbable eventualidad de que las masas llevaran cantidades masivas de sabios, pensadores, contemplativos y exquisitos estetas a los cargos electivos.

Al olfato entrenado en la historia de las ideas políticas (y más aún que en ellas en las implicaciones de ciertos lemas y pareceres) no le cuesta demasiado sorprender hasta qué punto se vinculan las concepciones de Rodó con la línea del doctrinarismo liberal de principios del XIX. Este caudal ideológico que ya había tenido su influencia en el enmarañado pensamiento de Echeverría sufrió posteriormente distintas remodelaciones: ninguna de ellas, sin embargo, la desdibujó al punto de hacer imposible su detección un siglo más tarde.

Consistían esas ideas en aceptar la legitimidad de la soberanía popular y aun el previsible empuje de apetitos — que se supuso ella vehicularía — contra el bastión de las desigualdades, los privilegios y las jerarquías tradicionales. Sólo entonces comenzaba lo realmente importante. Y lo importante era concebir las vallas, los medios, las contenciones capaces de salvar *las idealidades inmanentes, los fueros del espíritu y las legítimas superioridades*. (Que se pensaban, o por lo menos se decían, distinguibles de aquéllas y merecedoras de la supervivencia.) Esas vallas y contenciones: una miriada de instituciones intermediarias entre la masa y el Estado — de alguna manera un sistema de compuertas para domar la corriente, de parachoques para el impacto; o constituciones rígidas al amparo de mayorías ocasionales; o cuerpos no electivos dotados de funciones importantes; o normas socio-culturales (hasta la “razón” ofició en ello) que otros que los ungidos por el sufragio universal interpretarían: todos estos arbitrios y algunos más convergían hacia ese designio único. Un designio con el que se entendía salvar los valores de la Tradición, la Calidad, la Jerarquía, la Selección, la Cultura, la Disidencia, la Liber-

tad y las minorías de la marea popular. Y que esta "marea" se concebía como hostil a todas ellas tanto como incapaz de suscitarlos, a su vez, en su propio desenvolvimiento es un supuesto que muy pocos defensores de tales postulados hubieran repudiado.

Reducido a un puro esquema, este caudal de ideas — más interesante de lo que ha solido pensarse — poco significaría si se soslaya que él representaba la solución de la clase burguesa acomodada, que había capitaneado la gran Revolución, pero ya se encontraba en situación de precaverse de las presiones de la pequeña burguesía y del creciente proletariado. Y no es demasiado imprevisible que a esa clase burguesa se agregaran más adelante sectores intelectuales desilusionados de los mirajes del progreso y de la vulgaridad multitudinaria. Esto en Europa, y en América las clases doctorales urbanas que participaban en alguna medida de los dos estratos sociales.

Casi sin excepción, se filia el variado repertorio de juicios de orden político que este libro contiene en la básica fidelidad a esa línea ideológica. Esto es: una postura liberal individualista, de matiz conservador que fue — casi sin variantes — la del Rodó de todas las edades.

Porque alíniese: el horror a los apocalipsis revolucionarios, del tipo de los suscitados por los escitas de 1792 y su terror. Su aprensión ante la impura hez que deja al descubierto la resaca de las revoluciones. El repudio a toda suscitación violenta y engañadora de la multitud, la previsión de que el ejercicio de la fuerza mayoritaria sea, en esas condiciones, torpe, cruel, impositivo o anárquicamente desordenado: la saña de la demagogia, la demagogia turbulenta, anárquica, la tiranía de los muchos, la más brutal de todas

que tiene terreno fértil en *las democracias semialdeanas, mal educadas y enfermizas* y su momento mejor en los períodos de remoción violenta durante los cuales *la exacerbada insolencia de la plebe (...) recela el más legítimo uso del poder en el mismo a quien ha tentado, o tentará mañana, con los excesos brutales de la tiranía.*

Agréguese todavía: el ya referido gusto liberal por la variedad social contra la monotonía de toda uniformidad; el sueño de una estabilidad social que permitiría el desinterés y el sueño del arte ("La prensa de Montevideo"); la convicción indesarraigable en los poderes de promoción histórica de un individualismo heroico, por el imperio de esos *iluminados de la acción* cuya ambición se justifica por la magnitud y la altura de la propia tarea que se fijan. Y súmese todavía: la admiración devota a ciertas experiencias nacionales — ante todo la de Inglaterra, la de Chile también, *viril, austera* — que certifican las excelencias del sentido colectivo de continuidad, las virtudes de un ritmo de vida tan distante de la inmovilidad como del desasosiego, signando unos *impulsos de reforma, que modelan el porvenir con el respeto del pasado, en su persistente unidad característica.*

Todo ello involucra el valor mismo de la tradición, en cuyo prestigio confiaba para suscitar una *nobleza* que fuera custodia de *las idealidades* y una actitud ante el pasado que — según lo afirmó en "Rumbos nuevos" — distaba tanto de la negación como del tomarlo *como fin y morada* al modo de que lo hacían los partidos conservadores latinoamericanos.

Deben recordarse también los valores supremos que para él constituían el "telos" de la vida social: *libertad, justicia, orden; justicia, fortaleza, gloria*, en dos fórmu-

las que armonizan ~~sutilmente~~ la sensibilidad humana, ~~democrática~~ y la ~~axiología~~ política tradicional, las metas personales y las transpersonales que a la existencia de una comunidad pueden serle fijadas.

Sobrenada, empero, de todo esto, hasta representar el meollo de la fe política de Rodó, la prevención de las terapéuticas que permitan salvar el orden de lo ideal y lo desinteresado de *la democracia igualitaria* y *el advenimiento burgués*, dos términos que durante el período confiado y ascensional de la clase poseedora de Occidente, le parecían casi inescindibles. Todo lo demás — y en ese resto cualquier fervor democrático de impulso igualitario — es marginal a ese cuidado aunque, en justicia, no se puede afirmar sin más ni más que él le fuera indiferente ni, menos, hostil. Lo que cabe decir es que ese proceso igualitario le resultaba asegurado por el propio curso de los acontecimientos y él, él mismo, no se sentía llamado a precipitarlo. Le preocupaban, en cambio, las amenazas a *su* concepción de la libertad, a *su* concepción de la cultura, a *su* noción de lo aristocrático, a *su* idea de lo selecto que aquel curso, imperturbable, triunfal, le parecía representar. En este punto, hay que decir que Rodó, que no era ni un pensador político ni un planificador institucional, fue menos preciso que sus antepasados doctrinarios; que se limitó, sin pensar en arbitrios, a la acuñación de fórmulas capaces de expresar sus convicciones y, sobre todo, sus cavilaciones.

Fueron fórmulas que aunaron, debidamente dosificado, lo que le parecía provenir de los distintos extremos de la rosa de los vientos de las ideas. Tal vez le esperaba que el mero ensalmo de sus rótulos optimistas representara positiva fuerza histórica de instauración o — tal vez — que lo armonizable en el pen-

samiento (o en las palabras) se armonizara también en los hechos. Así reclamó *la democracia culta no reñida* (...) *con el orden y la selección*, su versión en *formas orgánicas y cultas*, el régimen político capaz de equidistar de la *demagogia turbulenta* y de la *oligarquía reaccionaria*. Si desde la vertiente democrática, igualitaria, masificadora, actuaba el impulso, todo se reducía — aunque no era problema menudo — a erigir una fuerza *de moderación y de cultura*. En cuanto a los eventuales arbitrios que pudieran representarla, no parece dudoso que — a la altura de “El Mirador” — su confianza no fuera muy grande en el régimen representativo para asegurar *cierta selección de capacidad y decoro*. En cuanto a la otra pieza maestra de la democracia liberal, que son los partidos políticos, posee un claro regusto de desesperanza su consigna de que a *esas organizaciones colectivas, no pudiendo pensar en suprimirlas, aspiremos, en lo posible, a educarlas*.

Porque los partidos no eran por sí — ni aun temerariamente institucionalizados — *esa fuerza de moderación y de cultura*. Por el contrario: en “Rumbos nuevos” dice poco pero decisivo sobre su *falaz unidad*, la empobrecedora uniformidad de su disciplina, el contacto a que obligan *con lo bajo, con lo torpe, con lo servil*, la grosería que imprime el esfuerzo por hacer inteligible sus postulados *para los más*. Al lenguaje político, como inevitable instrumento de comunicación y movilización en sociedades tan sometidas a factores anticulturales como las nuestras, se refirió en más de una ocasión: destacó en él su vaguedad, su elusiva abstracción, su agostador poder de simplificación y empobrecimiento.

Quedaba la prensa, es cierto, y puede decirse, tal vez, que, como la conoció en su tiempo, puso sus es-

PROLOGO

peranzas menos pálidas en ella como elemento modificador y jerárquico. En la tradición liberal del Río de la Plata la exaltó como *fuerza reflexiva, culta, caballeresca, impersonal y serena*, capaz de ser intermediaria libre, desembarazada, entre gobernantes y gobernados, consejera no uncida al yugo de ninguna prepotencia ni ninguna demagogia. Así la prensa de su tiempo, compuesta de diarios de opinión, relativamente libre de presiones financieras y otras servidumbres, dirigida una pequeña clase media educada le resultaba apta para recibir encomios que ya ni a los cuerpos representativos ni a los partidos políticos se sentía en situación de tributar.

De todo este modo, Rodó expidió en "El Mirador" sus pareceres políticos y su última postura liberal y culturalista de una limitación de la dialéctica implícita en el dinamismo mayoritario. Resulta evidente, a esta altura, que su emisión de fórmulas optimistas y conciliatorias se desdica de la conciencia de contradicciones no fáciles de superar, dificultad agravada por la presumible incapacidad de Rodó para concebir distintas formas institucionales para el impulso popular y democrático de aquellas que su tiempo conocía y que tan intocables parecían.

Decir que le preocupó el destino de valores indudablemente positivos es justo. No lo sería tanto, en cambio, callar que un *estrabismo* histórico pesimista le hizo ver en el ascenso multitudinario la amenaza *perenne* para esos valores y jamás la eventualidad de que ese ascenso pudiera suscitarlos en un contexto menos limitado, más efusivo. Por otra parte — y como es calculable — su noción de un coronamiento de la jerarquía social, *el sentimiento de la autoridad vinculada a las legítimas aristocracias del espíritu* oculta, bajo la oque-

dad de su sombra, el acatamiento a una estratificación social más ostentosa, menos útil, más decorativa que cualquiera otra, imaginable o conocida. Pues no es evitable la reflexión de que, al fin y al cabo, las aristocracias tradicionales — guerreras, señoriales, económicas, políticas — eran responsables de la marcha de cada sociedad y estaban expuestas a todas las contingencias del éxito y la derrota. De esta resbaladiza aristocracia de “clerics”, de espirituales ¿qué decir, en cambio? Porque seguramente no pensaba Rodó en los tecnócratas, que no conoció ni en los sabios de Renán, llamados a gobernar el mundo por el terror y tremenda premonición de nuestros días. Por muchas vueltas que se le dé a la expresión sólo se deshoja entre las manos la flor lujosa del “sueño”, de la contemplación, de la inanidad exquisita.

No es tal vez tan seguro como el análisis marxista lo supone, que una concepción sustancialista y trascendente de lo espiritual sea *absolutamente* inseparable de una rígida estratificación clasista; hay, con todo, que conceder que la proclividad a corresponderse de esta manera es *casi* incoercible. Pero un idealismo objetivo del tipo del platónico se corresponde con un claro esquema social; en cambio, este orbe de lo ideal y lo desinteresado que es el de Rodó se conlleva bien con esta vaga “aristocracia del espíritu”. Una aristocracia del espíritu que, si se trata de concretar, no es la de un clero, guardián de lo trascendental, ni una impoluta casta de metafísicos o científicos ni — es obvio — esas élites funcionales — políticas, técnicas, económicas, militares — que una sociedad produce y requiere. Por eso se llega a pensar que tras la nebulosidad del lema nada se oculta como no sea una expresión

igualmente airosa y sinonímica y esta suposición no es la única vez que el pensamiento de Rodó la suscitó.

VIII

Habitual es que un conglomerado de ideas políticas como el precedente se acompañe — o se cohoneste — con una actitud social clasista y aun rígidamente clasista. No ocurre así, sin embargo, en el caso de Rodó, por lo menos en todo lo que tiene que ver con la participación de las gentes en los bienes del mundo. Como se verá después, contribuía a ello la ambigüedad de su inserción social pero tampoco era ajena a tal apertura la devoción que, como intelectual pagaba a valores universales — en este caso el de la justicia — y los postulados que este homenaje imponía.

El informe sobre el proyecto de ley de las ocho horas ("Del trabajo obrero en el Uruguay") ha sido justamente destacado por su solidez, su amplitud y su equilibrio. Un indicio, también, del potencial hombre de estado que en Rodó, tal vez, las circunstancias frustraron.

Se dijo: su equilibrio. Porque esto es lo que resalta más en él, el acostumbrado elegante vaivén de una concesión a la concesión contraria, neutralizándose ambas, a menudo, y en otras ocasiones delimitando un tan angosto sendero entre ellas que sólo en puntas de pie puede transitarse.

Sobran los ejemplos de este movimiento. Por un lado, la afirmación nítida de un claro humanismo social, de una confesa simpatía por los derechos obreros al trabajo, al ocio, al disfrute de los bienes del mundo. Y también la aceptación del carácter irreal, puramente formalista de la presunta "igualdad" entre patrono y

obrero en el contrato de trabajo. Y la admisión de la intervención del Estado en la regulación de esas materias pues no le parecía de confiar la existencia de un promedio empresario *clarividente* (en lo intelectual) ni *superior* (en lo moral), lo que se agravaba todavía por el hecho de que quien poseyera tan inusitadas virtudes patronales se encontraría en inferioridad de condiciones frente a los que careciesen de ellas. Más aún: mientras resulta obvio su pleno reconocimiento del sindicalismo — en “legitimidad” y en “necesidad” —, parece clara su antipatía al “hombre de empresa”, al predatorio animal que, en el caso de los Crocker de Reyes, le lleva al dictamen de su *perfecta y (...) antipática mediocridad*. Espécimen particular de aquel burgués *acorazado de fariseísmo* sobre el cual, como ya se ha recordado, dijo cosas más explícitas que sobre ninguna otra clase social. Que en esto debían tener su parte reacciones personales casi viscerales es evidente, pero el idealismo arielico no le cegó lo bastante como para cerrarle a una simpatía no demasiado previsible por nuestro incipiente desarrollo industrial, al que adecuadamente vinculó *en gran parte el porvenir* de pueblos como el uruguayo. Y aún tenía reservas para barruntar que la famosa “libertad de trabajo”, tan invocada por los estereotipos reaccionarios, podía ser una franquía y un derecho muy distinto en una ordenación social menos inhumana que la de su tiempo. Porque sí, vuelto al pasado y a la entraña americana, había sido capaz de escribir páginas lacerantes sobre el indio andino y su servidumbre, su aquí y su entonces le llevaba a los labios la protesta que expidió tan sobriamente en su mensaje a Barret y a su afirmación de que *ni socialista ni anarquista* eran fuertes en él *el descontento, la inadaptación, la protesta contra la in-*

justicia, la brutalidad, la hipocresía, la vulgaridad de aquel advenimiento burgués al que creyó asistir.

No; no puede acusarse a Rodó de haber sido ciego u omiso ante el fabuloso descenso moral y cultural que significó el impacto del capitalismo en las sociedades tradicionales.

Pero, y es necesario atenderlo: si había simpatía al industrialismo, esa simpatía parece haberse dirigido en buena proporción a ese *capital industrial* distante de *sustraerse con pusilanimidad y sordidez al movimiento de la vida*. Y si decía que no era ni socialista ni anarquista decía la verdad y aun si se agrupan sus juicios no es difícil coleccionar todos los consabidos lugares comunes de la burguesía de su tiempo respecto a los movimientos obreros y a sus móviles. Allí están el ser movidos por *el resentimiento (la pasión livida y astrosa)*, el actuar por la seducción y el engaño (*la sugestión falaz de los agitadores*) el tomar sus decisiones aconsejados por *el simplismo* y el *dogmatismo*, el representar la mayor amenaza (*sombra fatídica*) que pesa sobre el mundo contemporáneo, tan expuesto a ser *inficionado del espíritu del socialismo igualitario*.

Pero aún es posible opinar que algo más intelectualmente grave que este *esquematismo* está implicado en la suposición rodoniana de que los *conflictos* entre el capital y el trabajo *no son rasgos privativos de una sociedad* pues pertenecen *al fondo permanente (...) de la historia humana*. O todavía más en la apodictica afirmación de que regularmente — atiéndase bien que así se implica — el *Poder público (...) se levanta por encima de las disensiones de clases*.

Leído menudamente el texto de tan elogiado informe se hace posible ver con qué variedad de límites, con qué digitación de atenuaciones se llega a la conce-

sión general de la justicia de las reivindicaciones laborales. Cómo se subraya, por ejemplo, el peso de los criterios utilitarios y globales de la salud y el rendimiento del obrero, conceptuándosele (se estaría tentado de decir: cosificándosele) como un capital que hay que cuidar. Cómo se muestra la tendencia a atenuar los puntos más oscuros al sostenerse que no existía aquí competencia que compeliere a la explotación inhumana del obrero, que no era entre nosotros su vida tan precaria, que eran igualmente excepcionales las jornadas de trabajo excesivamente dilatadas; cómo aún recurría a perífrasis para aludirlos (*tareas no siempre livianas...*).

En realidad y más en junto, Rodó parece haber concedido confianza (si bien con presencia estatal) a tibios temperamentos éticos y humanitarios. Así hacía de la cuestión laboral un asunto de solidaridad y simpatía moral las que — pensaba Rodó — eran bastantes para justificar la intervención limitativa del Estado, bendita aparentemente por todos si se atendía a que los mismos conservadores la patrocinaban e, incluso, *el ilustre Quintana* argentino podía prohijarla.

Todo impulso emocional, en suma, estaba vigilado y toda la concesión central se hallaba cautelada de reservas. Advertencias contra el "sentimentalismo" no faltan, ni contra la explotación demagógica de "la cuestión social", ni insinuaciones sobre la posible ajenidad de América a los problemas laborales ni la presunción de que la misma escasa densidad del capital y del trabajo facilitaría las soluciones.

Pero aun este reflexivo planteo laboral se ilumina mejor si se le sitúa correctamente contra el trasfondo liberal, antietatista, competitivo de las ideas sociales de Rodó. De un Rodó nunca fuera de la noción tradi-

cional de un estimable ascenso del obrero, pero del obrero que "sale" — como individuo — de su clase, nunca de la clase entera misma moviéndose globalmente hacia otra posición menos subordinada dentro de la sociedad. Por eso, supremamente importante le parecía — y supremamente nocivo su represión por vía del igualitarismo — esa eventualidad de ascenso personal del obrero, un movimiento para el que le bastaba que existiera *la posibilidad*, sin importarle demasiado lo poco frecuente que, en concreto, pudiera ser. En suma: que aquí la excepción le resultaba decisiva, mucho más decisiva que en el caso de las larguísimas jornadas de trabajo. El "quid" de esto tal vez se halle en que, individualista liberal, a Rodó le costaba mucho más aceptar el derecho del Estado que el derecho del individuo: no es inesperado que en el informe opine que para fijar límites a las libertades individuales debía demostrarse sólidamente su necesidad y tener plena certidumbre de ellos.

Y es que contra aquellos *sofismas de la falsa igualdad* rubricados por la autoridad estatal, Rodó sentía la inclinación liberal irreprimible por la competencia y el esfuerzo libre de mejoramiento, pese a que su lucidez le dijera que ese impulso era habitualmente exitoso sólo en aquellos ya bonificados con alguna sustancial y previa ventaja.

Con las mismas reticencias contempla Rodó la ampliación de las funciones del Estado: sólo le parecía justificable cuando la acción privada es *débil* o *inconducente* o cuando, en sociedades nuevas, esa misma rareza y debilidad impone la presencia de una fuerza que sea *la férula y el magisterio*. Por lo menos en el Uruguay de 1903 y en materias laborales, esto era lo que le ocurría a la acción del Estado ante el vacío de un

sindicalismo prácticamente inexistente y cuya promoción manifestó desear. Y dígase todavía que el acento paternalista de esta consideración no está muy escondido, pero esto no es un simple trazo de su postura personal ya que caracteriza profusamente toda la política laboral de aquel tiempo.

IX

Obran en "El Mirador de Próspero" varias piezas de tema histórico-biográfico de índole latinoamericana y rioplatense. Además que su "Bolívar", sobre el que existe cierto consenso en considerar uno de sus textos capitales — al tiempo que la clave maestra de su trunca teoría del "heroísmo americano" — están el artículo y el discurso consagrados a Juan Carlos Gómez, la oración sobre Rivera ("Perfil de caudillo"), el prólogo sobre Garibaldi, la pequeña conferencia sobre la prensa de Montevideo, la página dedicada a Tucumán y las reflexiones históricas generales que pueden extraerse de "La tradición cultural argentina" y "Juan María Gutiérrez y su época".

Esa abundancia de textos hace interesante rastrear qué concepción del pasado continental o regional late tras ellos y qué conexiones, qué contactos — de existir — mantiene esa concepción con otras articulaciones esenciales del pensamiento de Rodó.

Desde ya — dígase — no sería aventurado afirmar que tal concepción involucra, bajo la pulcra envoltura verbal, las ideas más generales, más aceptadas de la época. Sin embargo, aun así, vale la pena fijar esa imagen. Porque ninguna ha fluido y ha variado con tanta persistencia como la noción de nuestro pasado lo ha hecho.

Rápidamente resumido: el proceso de la independencia latinoamericana representó un conflicto racial e ideológico de los criollos contra España y de los nuevos prestigios doctrinarios emanados de la Revolución Francesa contra el conglomerado de ideas — más tácito que expreso — del Absolutismo. Sobre todo, la influencia de los sucesos de 1789, que el posterior pensamiento histórico ha tendido a minimizar en cuanto factor desencadenante, era, al parecer, para Rodó artículo de fe. Fue así, bajo el amor genérico a “la Libertad”, el quiebre de *la noche colonial*, la ruptura del *silencio colonial*, el despertar del hipnótico *sueño colonial*, la explosión de energías de *las diez* o *las cien generaciones* (Rodó calculaba hiperbólicamente) *sujetas al yugo*, hundidas en *el letargo secular*. Triunfante el impulso liberador, unánime fue la aspiración por constituir nuevas naciones independientes, *liberales, cultas, integradas, ricas*, sujetas al poder civil. Bajo el modelo inexcusable de una Europa promotora y maestra, tuvieron el apoyo de la *libre Inglaterra, ilustre madrina de óleos*. Pero ello no bastó. Tampoco bastó la acción de los grupos civilizadores, tampoco duraron episodios brillantes, veranillos de un tiempo cruento, como el de Rivadavia, durante los cuales nuestras sociedades se movieron bajo la triple acción de *la inteligencia, la austeridad y el sentimiento cívico* hacia una democracia *orgánica, liberal y culta*. En esta *niñez*, en este *arranque de la libertad* auroral se desató el oleaje letal de *las guerras civiles* y el mismo impulso liberador sufrió de imprevistas quitas: no alcanzó siquiera a rozar al indio en su secular abyección. Incluso, tan límpidos ensayos de promoción como el recién nombrado de Rivadavia adolecieron de limi-

taciones que Rodó a su vez recortaba a lo ambiental y a lo político: limitaciones *de ciudad y de partido*.

Resulta, de cualquier manera, que los lastres decisivos se hubieran originado no tanto por contradicciones internas del impulso civilizador como por la fuerza de su antagonista bárbaro (este esquema se mantiene sustancialmente en él). Porque sólo para la servidumbre o la anarquía preparaban *la educación colonial y la semibarbarie del desierto*. El problema "del día siguiente" acumuló a un rol agobiante de imprevistos, el *carácter heredado*, las adversidades de la geografía, las modalidades de la educación y las costumbres, las parquedades de la base económica; se conjugaron *desierta, barbarie, servidumbre, apocamiento de aldea, cultura tenuísima*. En su "Montalvo" explanó Rodó las fuerzas dominantes en el Ecuador del 70: latifundio, militares, núcleos de resistencia clerical, *república nominal*, clase dirigente *dividida, escasa*, envarada de presunción *hidalguesca*. Enumeraba, así, en pureza, los invariantes de una América, sobre todo la andina, que permanecía intocada desde la Colonia; más discutible es que él lo viera de ese modo por más que nosotros podamos hacerlo.

Moviéndose en este contorno, no parece evitable que el impulso civilizador — o modernizador — al encuentro con tantas resistencias, se frustrase temporalmente. No le resultaban inexplicables regresiones como la del rosismo: *tiranía, crueldad ganadera, y atroz ferocidad, tradición colonial, barbarie* arrastrada por el aliento *de la Pampa*. Con todo, el pabellón de la *democracia culta* no fue definitivamente abatido: *patricios y gentilhombres* se mostraron capaces de arrostrar la demagogia desatada, grupos civiles y letrados fundaron una tradición de abnegación y de coraje, la prensa desafió

todas las contingencias. *La Civilización y la Libertad* continuaron iluminando los corazones. Ciertamente es que en esta lucha algunas cosas quedaron por el camino: a veces la misma entidad carnal de las patrias, fue abandonada en el ruedo de las pugnas, y aquí hay que observar que Rodó en este punto no llegaba al fallo, pues tanto se identificaba con los románticos antirrosistas que no diferenciaron *patria* de *libertad* como distingue — en el balance de la desaparición de García Moreno — entre *la causa de la libertad* y la de *la civilización, el orden y la formación de la patria*.

Hasta ahora no sería aventurado sostener que las ideas históricas de Rodó no se apartaban un punto de la media. La media, claro está, de su tiempo y de su ambiente, la de la burguesía liberal-doctoral del 900. Sin embargo, su condición de uruguayo y su estrato intelectual y social implicaba — y esto no es sólo referible a su caso — una gruesísima contradicción. Esta contradicción, como es obvio, se llamaba Artigas, la Patria Vieja, el período federal uruguayo, el propio caudillo fundador de su partido, Fructuoso Rivera.

Carlos María Ramírez, Bauzá, Acevedo y sus epígonos también se toparon con ella y con sus personeros. La historia de sus arbitrios no cabe aquí: sólo los de Rodó pueden ocuparnos.

Su concepción de “las dos revoluciones” que expuso en “Bolívar” representa, sustancialmente, su tentativa por salvar aquella contradicción o, por lo menos, atenuarla. La idea, claro está, no era totalmente original, pero Rodó le prestó esa literal “vistosidad” que hasta a los lugares comunes sabía darle. Y decía: hubo una revolución ciudadana, de una parte, movida por ideas liberales y civilizadoras aunque, como se vio, sujeta a las limitaciones de la ciudad y del partido. También,

PROLOGO

lo que era grave, a la más onerosa restricción que representaban las propensiones "oligárquicas" de las "aristocracias" urbanas. De cualquier manera, fue esta revolución una *revolución de ideas*, determinada por la *madurez del desenvolvimiento propio*, enquistada hacia el goce de la *libertad practicable dentro de instituciones regulares*, capaz de promover y hacer realidad la idea de la patria como institución política.

Por el otro extremo, *el levantamiento de los campos*, fue una *rebelión de instintos*, extraña a toda aspiración de patria constituida y toda noción de derechos políticos.

Ideas de una parte, *instintos* de la otra surgieron, coexistieron y chocaron, sigue Rodó, con visible renuencia a la búsqueda eventual de un común denominador entre ellos y aún más a percibir bajo las ideas y los instintos, pasiones o intereses que aquéllas o éstos son factibles de enmascarar. Desatendido también — ¿por qué no? — a ver si tras los *instintos* no se expedía, al modo extrarracional, una concepción vital y social de posible validez o, por lo menos, digna de ese respeto, de ese reconocimiento que se debe a *lo que es* y puede ser vertido en formas ideológicas no mucho menos pulcras que sus antagonistas.

En otro pasaje afirmó Rodó que el levantamiento paisano *añadió a la epopeya revolucionaria la original y ruda poesía del heroísmo bárbaro*, lo que, al fin y al cabo, sólo sería una añadidura estética y dejaría toda validez significativa monopolizada por la revolución de las ciudades. Sobre este bastidor epicista y no comprometido, bordó Rodó buena parte de sus incidentales encomios al gaucho, al caudillo y a la monotonera, *originalidad heroica* de la guerra americana. El caudillo, sin embargo, le reclamaba más, si se pien-

sa que entre ellos se encontraba Artigas; fue entonces que se sintió exigido a darle (aunque sin extenderlo a otros de su especie que de tal calidad pudieran participar) el significado sustancial de haber encarnado la *democracia de los campos* contra las tendencias monárquicas y oligárquicas invisceradas en la *revolución de ideas* de ese dechado de ciudad latinoamericana que representó Buenos Aires.

Con esto — por lo menos para lo que se mueve en la esfera del presente libro — termina por borrar Rodó la original dicotomía de *las ideas* y *los instintos* y por tener que reconocer otra democracia que la de las ideas. Si esa democracia se actualizaría en un radio más ancho de beneficiarios no resulta claro en estos planteos, si se observa que en toda la fruición estética que el gaucho podía provocarle se advierte poco, o nada, que *el gaucho* fuera para él *el pueblo*, la multitud campesina que en verdad era, por lo menos en aquel tiempo.

Es posible pensar que, ahondando esta importante variación, todo su dualismo de las revoluciones se le hubiera invalidado y esto es más decisivo que el tener que sacar a Artigas de su adscripción al levantamiento de los campos, que hacer de él uno de esos americanos, al modo de Bolívar y de Martí, en los que lo abismal y lo espiritual, lo telúrico y lo universal se aunaban armoniosamente. En cambio, siguiendo sus inclinaciones, y como era habitual cuando la contradicción resultaba demasiado estridente, salió Rodó del paso afirmando que aquellas dos modalidades revolucionarias que el caudillo y las oligarquías civiles encarnaban no eran *antinómicas e inconciliables*.

Mérito, con todo, representa para Rodó este discutible desarrollo, pese a sus oscilaciones y aun al he-

cho de que su condición de oriental y el compromiso del artiguismo le empujaban de cierto modo a él. Sin embargo, si se rastrea qué límites, qué esfera de ejercicio tiene esta concepción del caudillo como encuadrador de la multitud paisana, elegido por *más bravo, más fuerte, más hábil, áspero fermento popular* capaz de contrastar *las propensiones oligárquicas de la aristocracia de las ciudades*; si se rastrea todo ello, repetimos, se advierte que esa validez no excede mucho la capacidad de cohonestar su convencida exaltación de Rivera, el fundador de su partido, *monarca electivo, incoercible demagogo, juez-libertador y caballero-protector*.

Aunque Rodó no trazó, después del de Rivera ningún otro "perfil de caudillo"; sí, como se verá casi enseguida, eludió al otro eventual perfilable, parece evidente que el poder de su justificación del caudillismo se derrumbaba después casi verticalmente. Y llegaba a ser los caudillos postreros (léase Saravia y supuesto un cuadro de condiciones radicalmente trastocado) *fuerza de regresión y de desorden, congregante de la cita bárbara de los montoneros para la revuelta, de las pasiones para la devastación. Eran las leyendas ya mustias y descoloridas de la guerra civil*, según las calificaba en 1903 y que volverían a encontrar, al año siguiente, subidos, inusitados colores.

Con esto, el juicio de Rodó, más allá de concesiones necesarias, lograba su posición-descanso y su prospecto doctoral, urbano, idealista, intelectual, reencontraba su natural acorde. Con esto, también, como con el elogio ya referido, equilibrado y eficaz, de Fructuoso Rivera, se está en el Rodó apologista partidario.

Discretamente se vierte esta corriente en "El Mirador", armado, sin duda, para un círculo de lectores

PROLOGO

que podía ser totalmente ajeno a las pasiones políticas autóctonas. Y en lo que se recoge, matizados, ecuanimes son casi siempre los juicios, tanto en sí mismos como si se les compara con la virulenta historiografía — panfletaria en sustancia — que proliferaba en su época, la de los Pereda, Sosa, Torterolo y otros. No es eludible tampoco observar (aunque el registro en que podía moverse no era demasiado amplio) que de su tradición partidaria eligió los asuntos menos controvertidos (o que lo parecían tales). Es el caso del incontestable atractivo humano — no la sinuosa línea política — de Fructuoso Rivera, el del interés universal de la figura de Garibaldi, el de la paradójica entereza, hecha de pasividad y de heroica paciencia de Joaquín Suárez. Es, en cambio, muy de notar, la total ausencia de mención a la etapa más vituperable de la historia de su colectividad política: ni una palabra sobre 1865, por ejemplo, ni sobre la dictadura de Flores, de la que salió, al fin y al cabo, mediante la confabulación internacional y el apoyo de las bayonetas extranjeras, la hegemonía de su partido por largas décadas. Puede registrarse todavía que si al exaltar a José Pedro Ramírez se refirió Rodó a su autoría de *la histórica proclama del general Flores*, calla la condición de ministro de su gobierno al recordar al Dr. Carlos de Castro en su muerte, y aunque en un manifiesto político de 1900 mencionara las inverificables *sublevaciones populares* de la Cruzada Libertadora, notorio resulta al anhelo de eludir toda conclusión en el embarazado prólogo que destinó a una obra juvenil de Juan O'Leary sobre la masacre paraguaya. Es más que transparente de este deseo su controvertible aserto de que el crimen de la Triple Alianza es uno de los hechos más complejos de la historia americana (pro-

bablemente es uno de los más claros) y su argüir — si bien tímido, vergonzante — del *propósito de liberación, sincero en algunos — no, ciertamente, en todas — de las voluntades que prepararon la Alianza.*

Es cierto, empero, que puede causar un sentimiento cercano a la estupefacción la admiración de Rodó por la figura de Juan Carlos Gómez, de significación tan ambigua, de autenticidad tan discutible, de acción tan últimamente negativa, de tan faccioso estilo. Su devoción por aquel presunto *incomprendido*, por aquel *que no tuvo culpas*, resultaría inesperada si se tomara al pie de la letra su afirmación de ser enemigo de *las teatralidades de la acción* y de la *libertad vociferante y callejera*. Pero hay que atender a su filiación política, a su inmersión emocional en los sectores de la burguesía doctoral, a los estereotipos mentales de su época, a su remanente, tenaz romanticismo. Si todo eso se toma en cuenta no sorprende que Gómez, tan encomiado por hombres de la altura de Martí y Zorrilla de San Martín, pudiera merecerlo el enternecido rendimiento que le mereció.

X

En el comentario de sus ideas, se ha hecho en este prólogo — y esto repetidas veces — alusión a su clase social y a las determinaciones que ella le habría impuesto. El tema merece aclaración. Rodó no pertenecía *a casa antigua y rica*, como lo afirmó el Dr. Barbagelata, dando luego pie a los desenfoques de Luis Alberto Sánchez en su fértil y dudoso "Balance y liquidación del Novecientos". Más bien, si se quiere reinterpretar en función de su situación el cuerpo de posiciones precedente, hay que comenzar por adscribirlo a una clase

media tradicional y comerciante, "burguesía" al fin, pero ciertamente ajena a una verdadera raigambre patricia y a una sustancial opulencia, rasgo este último con que él que es posible tuvo mucho que ver la temprana muerte del padre catalán (a los quince años del escritor), dejando tras sí una familia relativamente numerosa. En esto, donde hay que dejar a Rodó es en esa clase media oscilante entre los impulsos de justicia y el temor al descaecimiento social en su rencor al despiadado poder económico y su anhelo de una firme jerarquía social que la distinga claramente de "los de abajo".

Pero este encuadre sería demasiado esquemático si no se agregara que, intelectual de vocación, periodista, escritor, Rodó también tendería a identificarse (desde el lado materno, su tío Piñeyro parece haber tenido peso en ello) a ese sector doctoral o llanamente culto de la burguesía montevideana que años antes había formado el conglomerado "principista". Era el grupo que había soportado (por sí o como colaborador) la mayor parte de la responsabilidad en la gerencia de los intereses públicos desde 1865, había conocido el estrepitoso fracaso del 75, había recobrado una parte sustancial del poder político en 1886, imponiendo, por fin, su sello y estilo, bajo la dirección de los restos del patriciado colorado, a la presidencia de Julio Herrera y Obes.

Siempre la situación del intelectual en la sociedad tiende a ser ambigua pero en el Uruguay finisecular el repertorio posible de alianzas y solidaridades no era demasiado amplio para él; Rodó siguió en su destino el sendero más previsible. Debe, con todo, tenerse en cuenta que en el país de entonces actuaban varias

fuerzas y era probablemente la más considerable esa nueva burguesía ciudadana y agraria que — con la modernización del poder, el desarrollo pecuario, el robustecimiento de los vínculos con el sistema imperial inglés, el aporte humano extranjero, — marca su ascenso a la dirección política durante las presidencias de Idiarte Borda y de Cuestas. Por otra parte, los sectores inmigratorios de índole más humilde y radicación más nueva daban un sello cada vez mayor a la baja clase media y a la incipiente clase obrera. Entre las dos presiones, los herederos del viejo patriciado doctoral no hallarían espacio muy considerable para moverse si se tiene especialmente en cuenta las necesidades de una sociedad como la de entonces. Además, un nuevo estilo político-social inaugurarían estas fuerzas: la acción de los grupos de presión, un ejercicio que todavía no se atrevía a decir su nombre pero ya conocían bien “el alto comercio” y la propiedad territorial; los partidos multitudinarios (en la relativa validez que el término podía tener) con organización estable y dirección personal fueron, tras la última guerra civil, otra de las caras de esa distinta realidad.

El apacible diálogo tendido sobre las líneas partidarias, la “tolerancia” sin límites, la independencia casi total del dirigente, los frecuentes acuerdos entre “personalidades”, las oligarquías rectoras de tipo igualitario definirían un modo cívico cada vez más remanente, más amenazado. No hay en “El Mirador” páginas de atinencia directa a su carrera política pero, como ya se insinuó, los juicios de Rodó sobre los partidos mucho tienen que ver con su inadaptación a los nuevos procedimientos, a ese estilo de acción política disciplinada e imperativa que el nombre de Batlle cubrió en el país por dos décadas y media.

Pero aún más graves debieron parecerle a Rodó las transformaciones culturales que el ascenso de una burguesía económica y el paralelo de la pequeña burguesía y el proletariado inmigratorio le imprimieron al Uruguay. En esta aprensión, en esta ajenidad a lo vigente hay que situar las ya aludidas protestas contra *lo cartaginés, lo fenicio, lo cosmopolita y lo colectivista*, las ya subrayadas cautelas ante el sector trabajador, el ya recogido y contundente juicio sobre la nueva burguesía reinante.

Es, sobre todo, en base a estos rechazos, aun no siendo él, formalmente, "un doctor", que el destino personal de Rodó tuvo que embarcarse en el de ese sector culto y tradicional que constituía la flor de la burguesía urbana. Cabe suponer que la relativa disfuncionalidad de ese grupo respecto a lo que el Uruguay necesitaba, tiene mucho que ver con su afirmación de un orden de lo "ideal" y lo "desinteresado" tan larvadamente estético, decorativo como ya se argumentó. Mucho tiene que ver, también, con sus pretensiones a una estratificación social que respetase las *aristocracias del espíritu*, cumbre excelsa de las colectividades, *legítimas superioridades* a las que todos habían de prestar acatamiento.

Y aquí llegados, se plantea la pregunta decisiva: intelectual cabal ¿qué destino, qué función podía pensar Rodó que, como tal, en su medio le correspondía y su medio hacía posible?

Hay numerosos pasajes de "El Mirador" que hacen menta de una actividad a la que ningún reclamo social parecía promover. Porque no es dichoso el destino de *la llama del ideal en sociedades embrionarias e inestables*. No es cómoda la flexión del espíritu en la sociedad urgida y "fenicia". No es airosa la condición

del hombre de letras en medios en los que triunfa el prestigio menguado y la medianía insolente. Posee un largo abolengo — comienza probablemente con una célebre carta de Sor Juana Inés de la Cruz — pero tiene también un desgarrado acento personal, la página del "Montalvo" en la que subrayó Rodó la inescapable soledad del escritor latinoamericano. Tan *inadaptado e incomprendido* en 1900 como en 1850, con una producción que *no responde entre nosotros, a una necesidad espiritual de la mayoría, ni siquiera de una clase poco numerosa pero de arraigada cultura*, sometido en sus estratos inferiores a miserables condiciones de trabajo, el sector intelectual creador poco más podía (puede) hacer que "lanzar botellas al mar", esperar de ese público virtual, *incógnito e incognoscible* cuyo juicio eventual a la vez le exaltaba y preocupaba. Lo vulgar y mezquino — tal vez lo insignificante también — de la brega por la notoriedad se le hacía así más notorio.

Del escritor del período colonial dijo que para él era *mudo y sin alma lo pasado, ajena la realidad actual a todo estímulo de pasión e interés, cerrado (...) el horizonte del porvenir*. Que aquel enclaustrado en la particularidad pudiera ser además de su antepasado *son semblable, son frère* debe haber asomado más de una vez, por lo menos como conato, en la conciencia de Rodó. Siempre que se transfieran, claro está, las fuerzas del enclaustramiento, de la particularidad del "intus" al "extra", del radio de alcance del escritor mismo a aquel que la sociedad le prescribe.

Lo cierto es que en aquel *medio mal asentado*, en esta *civilización desigual*, acuciado por la *incomprensión y el desasosiego*, sólo parecía quedar un camino posible: el del desarraigo físico, el de la fuga corpo-

PROLOGO

ral y no sólo imaginaria, esa fuga hacia la que Paríais *patria de todos*, espoleaba. Y en verdad que la correspondencia del Rodó de los últimos años pulsó bastante esta cuerda del *judío errante*, de la *bola de billar en la mesa de mármol*, de la *salamandra escurridiza*, de la *leyenda* rodando y cambiando, en movimiento incesante y placentero, sobre la variada, brillante piel del mundo.

Víctima de un "status" social que promovía una cultura de importación, de consumo y reflejo, él mismo, después de participar en la devoción a "las naciones rectoras", aspiraba a ratificar con su desertión el magno desequilibrio, la misma frontal descalificación de una cultura creadora, nacida de la asumida circunstancia.

En vísperas de la primera guerra mundial, en aquel otoño espléndido de una época, en aquella hora de *la jouissance et la consommation générale*, en una próspera pequeña república sudamericana, el intelectual más notorio, el escritor mayor se sentía, así, literalmente, sin misión y sin destino. En aquella edad de *monótona prosa*, desde ningún rincón del horizonte parecía barruntarse ninguna empresa histórica o conseslora capaz de darle un sentido a la tarea intelectual, ninguna tarea colectiva que no fuese menor o frustránea. Es desgarradora — si se va a sus entrelíneas — la página prologal a la revista juvenil en la que Rodó reconoce que, en condiciones de esta índole, el amor a *las cosas bellas*, a *las cosas raras* tenía que refugiarse en la inanidad de una bohemia pringosa, resentida, tristonza, plagiaria. Tal vez había sido Martí el último gran escritor iberoamericano que había gozado de la plenitud de integrar su destino en una gran causa, en una misión redentora que, por poco que se analice,

desbordaba grandemente las fronteras concretas de su patria a libertar.

De cualquier manera, él marcaba el camino o, más bien, su último hito. Porque lejos o cerca, en el exilio o en la radicación americana, en *espíritu* o en el *hecho*, sólo fueron grandes los que han *desenvuelto un pensamiento americano*. Rodó podía pensar más: sólo han existido como "hombres de espíritu" en América.

Hay que partir de esta conciencia si se quiere entender tres modalidades — dos muy notorias, otra muchísimo menos — de la actitud de Rodó.

En ocasiones, para comenzar, éste parece haber intuido la posibilidad de una inscripción social mucho más auténtica, más radical de la que tuvo habitualmente. Desembarazado en esos momentos de las pretensiones ya utópicas a una eminencia colectiva de la "intelligentsia" doctoral tradicional, llega entonces, aunque muy fugazmente, a una noción bastante clara de su situación en una colectividad de tensiones. La evolución social del continente estaba haciendo de aquella "intelligentsia" una cosa decorativa y superflua; su heredero, el intelectual incalificado, no cumplía función alguna valedera; la cultura se recibía hecha desde las metrópolis para el consumo de un sector relativamente pequeño; los estereotipos del optimismo liberal-burgués cubrían la dominación de los sectores del dinero y su inestable transacción con las fuerzas políticas y sociales de una clase media vigorosa pero últimamente bloqueada en su desarrollo. En esas ocasiones oteó la miseria de ciertos ambientes mesocráticos, apreció las condiciones de vida del proletariado intelectual. Entonces afirmó que *el escritor es, genéricamente, un obrero; y el periodista es el obrero de todos los días: es el jornalero del pensa-*

PROLOGO

miento. Cuando todos los títulos aristocráticos fundados en superioridades ficticias y caducas hayan volado en polvo vano, sólo quedará entre los hombres un título de superioridad, o de igualdad aristocrática, ese título será el de obrero. Esta es una aristocracia imprescriptible, porque el obrero es, por definición, "el hombre que trabaja", es decir, la única especie de hombre que merece vivir. Quien de algún modo no es obrero debe eliminarse o ser eliminado de la mesa del mundo. Entonces, también (1909), sostuvo que ningún lazo más estrecho puede unir a los hombres que la solidaridad de los intereses profesionales. Los vínculos de partido, de doctrina de secta y, alguna vez, hasta esos mismos sagrados vínculos de familia y de patria, suelen ser lazos falaces, que disimulan hondas disimilitudes y antipatías; pero el lazo de la profesión es entrañable, porque traduce, no únicamente la comunidad del interés material, que es ya fuerte por sí sola, sino también esa comunidad de costumbres, de disposiciones, de afectos, que determina la participación en un mismo género de trabajo, vale decir, en un mismo género de vida.

Por entonces, todo quedó en estas afirmaciones mondas y lirondas. Eran demasiadas las contradicciones que yacían dentro del propio Rodó y demasiado débiles las que operaban todavía en la sociedad rioplatense, para que otra alternativa hubiera podido concretarse. Todo quedará hasta su muerte en ese creciente desajuste y ese creciente asco que terminó sintiendo ante el Uruguay reinante y vigente, dos reacciones que sus textos públicos velan pudorosamente pero que en su correspondencia se vertía sin cortapisas.

De seguro que no se entiende bien la pasión contenida que empapa la prédica iberoamericanista de Rodó si no se tiene en cuenta esta asfixia que la "Inteligencia gentil" del 900 llegó a experimentar en sus respectivos ambientes. Porque la observación vale no sólo para Rodó sino para otros americanistas y posteriores "maestros de juventud". En puridad, América, — su promoción, su futuro, su unidad, su grandeza — debe haber resultado la única "causa" vacante, el único medio de respirar sobre tan estrecho cerco de constricciones, el único espacio no ocupado. La tarea de suscitar *un alma hispanoamericana* debió parecer la única no maculada de prosaísmo político o adquisitivo. La única, además, que habilitaba la constelación de poderes, ya por suficientemente vaga, ya por enderezarse ante una fuerza que no representaba todavía para las clases dominantes el puntal y el dechado que después representaría. Podrá argüirse que esta misma franquía estaba diciendo de la gratuidad y última intrascendencia de tal americanismo, aun de su precariedad. Pero era el único ensalmo que el intelectual del 900 podía invocar, el único en que se sentía el continuador de un gran proyecto histórico, el único con el que se parecía llegar, a lo largo de *la ancha y triste América*, a algunos pocos núcleos de hombres precoces y sufrientes pero reales.

En esta misma línea hay que situar el optimismo de Rodó. Ese optimismo que se ha calificado de "medicinal" porque a menudo parece una simple triaca contra la angustia, surgido, paradójicamente, de la conciencia de la sinrazón de toda esperanza. Aunque a este optimismo posiblemente no se le entiende bien si no se ve el equívoco que contiene. Y es que, por un lado, rinde con él tributo Rodó a aquella majestuosa co-

riente de ascensión sobre la que la mentalidad liberal y romántica creía llegar incólume hasta la plenitud de los tiempos. Es por ese lado que se pronuncia en él, la fe en la fuerza de las ideas y en el sentido moral de los pueblos y se dan tan peregrinas notas de candidez como su auténtica exaltación ante el gesto brasileño que tradujeron los acuerdos internacionales de 1909.

Despojado de toda esta hojarasca, el optimismo valeroso de Rodó todavía permanece entero. Es una suerte de videncia en lo que nada insinúa, una plenificación interior de lo que por ningún lado aparece. Supo advertirla en sus grandes arquetipos humanos, en Bolívar, en Montalvo. Y también le sostuvo esa espera desesperada en la unidad política latinoamericana, en esa grandeza de nuestro mundo que advenía y que poco importaba que en su hora pareciera tan prematura y utópica como un siglo antes. Pero todo lo que aun entonces y hoy se dilata más allá del horizonte visible era firme evidencia para Rodó, era realidad triunfal e ineluctable de un porvenir que, cuanto más remoto se imagine, tanto más acreditará la intuición profética de la mirada que llegó hasta él.

En pasajes como éste, u otros semejantes, la actitud de Rodó se despegaba de ese plano básicamente ordinario y pueril que es el "optimismo" y sube a convertirse en esas virtudes superiores que se llaman Esperanza y Fe.

XI

Considerable parte de los textos de "El Mirador" atañen a la crítica y la teorización literaria o, buena mente, las rondan. Si se hace el distinguo entre las dos direcciones, hay que decir que salvo unas pocas

páginas — del tipo de “La gesta de la forma” — el resto tiene siempre su apoyo en un autor u obra dadas. Sin embargo, aun en ese núcleo, la teorización es mucho más que implícita, dado que, consecuente con un rasgo de su carácter, Rodó siempre tendía a generalizar, a enunciar así — y repetidamente — sus ideas sobre el arte y la poesía.

Si es que ellas se quieren exponer, hay que comenzar diciendo que en este punto parece haber sido siempre fiel a una concepción dualista, dicotómica de la obra de arte. A esa concepción que arranca de las dos ilustres tradiciones representadas por las categorías aristotélicas de “forma” y “materia” y por la cosmología hebreo-cristiana con su noción de una fuerza ordenadora del caos originario.

Sin embargo, cuando esta concepción se hace la de Rodó, no es sólo en forma simple, sino doble, que lo realiza, puesto que tanto abarca los que hoy llamamos “estratos” de la obra de arte como, genéticamente, el movimiento creador que culmina en la obra hecha. Por un lado, entonces, la poesía se da como el marriage entre *la forma — pura, escogida, plena, exquisita, con sus juegos y sus músicas —* y un cierto movimiento que se contempla diversa, pero en el fondo unitariamente, ya como un *arranque*, ya como una expansión, ya como una fluencia. La primera de las tres modalidades es la que más se reitera, al concebírsela como una capacidad de despegue, de verticalidad, según la cual el “estado poético”, la fertilidad inspirada se hace una suerte de levitación sobre todo lo utilitario, lo prosaico, lo cotidiano. Imágenes del tipo de *la elevación ideal, el vuelo lírico, el arranque hace arriba, se enfeudan plenamente a ella*. El contenido expresivo entendido como expansión y crecimiento se da, corre-

PROLOGO

lativamente, en lemas como *gran alma, verbo ferviente, exaltación del sentimiento, aliento, unción, fantasía férvida, energía, fuerza*. Por último, la nota, ya no tan plenamente distinguible, de fluencia o de abundancia, se expide, sin embargo, en la mención a *la vena clásica* y aun en la más empleada *inspiración*.

Podrá observarse que varios de estos términos importan la oscilación entre una perspectiva genética y una perspectiva operocéntrica, pero el margen de imprecisión es fácilmente despejable si se tiene en cuenta la gran cantidad de matices con que Rodó fijó aquí su pensamiento. En lo referente a la poesía, su materia consistía para él en todo lo que la concepción expresivista del Romanticismo había puesto en ella: esto es, *las palabras humedecidas por el alma, las confesiones del sentimiento individual, el sentido de lo vago, lo soñado y lo íntimo, el mundo de las cosas aéreas y flotantes o el de las sentidas, ingenuas, íntimas*. Más confusa permanece la cuestión, radical y decisiva, de si lo poético representa una sustancia específica o un modo de acometimiento, ordenación y transfiguración, de toda realidad: si por un extremo hablaba Rodó de un *fondo poético* (noción ya arcaica en su tiempo), no disipa, por el otro, el equívoco su noción de la *poesía como irradiación de todas las facetas del espíritu, capaz de poseer para cada determinación del sentimiento, manifestaciones peculiares de vida y hermosura*.

En otras cuestiones que aún más hondamente dividen el juicio literario, Rodó todavía prefería las posturas a que le llevaba su indesarraigable temple ecléctico, armonista, integrador. ¿Formalista? ¿Contenidista? Difícilmente se le podría calificar de lo primero y cuando en un pasaje del "Montalvo" encarece la ex-

perencia del estrato verbal como un valor en sí (*Tenia, por amor de lo bello...*), es obvio que se está concediendo una excepción a su actitud regular e íntima. Y en verdad que sus orígenes románticos — nunca borrados, apenas debilitados — le llevaban a poner énfasis en lo que él mismo con cautela y duda, *por sujeción a los términos consagrados*, llamaba *el fondo*. Pero si ese era el elemento expresivo y comunicativo esencial, también es cierto que toda la vertiente esteticista de su gusto, todo lo que en su formación había sedimentado el prestigio parnasiano y el auge modernista le movieron con fuerza al hincapié de la forma.

Ahora bien: esta "forma" raro es el pasaje en que se la ve como la conclusión, el remate, ya insustituible, del proceso de objetivación. Por lo contrario, como más a menudo se la juzga y exalta es como una especie de instancia posterior y autónoma, una tarea en la que la voluntad de comunicación, concreta, precisa, poco tuviera que ver y todo se volviese un proceso de coronamiento, o lima, o *esculpido del cincel estatuario* para el que fuesen sólo imprescindibles *la habilidad, el artificio, el arreglo, la virtud viril del trabajo*. Todo este momento representa el tema de esos "fortísimos" en los que Rodó exaltara *la gesta de la forma y la poesía que hay en los afanes de esa lucha hermosa y viril que empeña con el material rebelde el espíritu enamorado de la perfección*.

Con todo, no es descartable que Rodó (en algunos textos últimos y ya en su prólogo a Frugoni) fue de alguna manera consciente de la importancia del elemento rítmico en la poesía. Difícil, sin embargo, que haya llegado a una noción cabal de toda su trascendencia como elemento organizador del "corpus" poético, intermediario entre el plano de las significaciones

PROLOGO

y la envoltura verbal y actor primerísimo de esa *sugestión* que tanto reclamaba el gusto de su tiempo.

Si escasamente se *menta* el ritmo menos aún se *apela* a la imagen como *vehículo* o *cauce* natural por el que llega a la forma el *mando* de la intuición eidética. Cuando Rodó se refiere — y esto sólo por dos veces — a *la imagen sobre la idea* o a *la verdad encarnada en cada imagen de las cosas* más parece situarse en la tradición hegeliana — y referirse implícitamente a la noción general de la forma — que detenerse en lo que la imagen, como concreto elemento literario significa.

La última expresión citada ha sido extraída de un juicio sobre el "Facundo" y esto sirve para recordar que no todo es poesía, por lo menos en el sentido canónico de la palabra. En lo que tiene que ver con la prosa narrativa, Rodó no se alejó nunca mucho de la concepción imitativa, de *luenga* antigüedad y que el realismo y el naturalismo habían revitalizado. Sobre esta línea de larga — y aún invencible — duración tampoco se *peculiariza* mucho Rodó — aunque las *plantas* de modo convincente — con sus dos exigencias de que escenas, situaciones y personajes del plano de la *representación* poseyeran, tanto la capacidad de *alusión*, de extensividad, de comprensividad que definen lo *típico*, como el poder de concreción e inmediatez de lo irreductiblemente *individual*. Bajo estos dos requisitos, la *entretela* todavía lo constituye lo imitativo y ello se hace obvio, no sólo al verse que Rodó aún creía en "lo descriptivo" sino, y más, en la fórmula (de la historia, pero aplicable a la obra de *imaginación*) que preceptuaba *reproducción de formas y colores y palpitation de entrañas vivas*.

Para todas las modalidades literarias, de su situación histórica en la corriente americana del modernis-

mo y en la circunstancia de ser tributaria ésta de las dos europeas que constituyeron el parnasianismo y el simbolismo, le venía a Rodó una doble exigencia frente a la tan encomiada "forma". Porque repetidamente reclamó *la musicalidad y la plasticidad*.

Por un lado, es de inocultable filiación parnasiana y sólo es comprensible dentro de esta incontinuable experiencia poética, aquella obsesión suya ya mencionada por el *cincel y lo estatuario*, por *las artes del dibujo y la perfección plástica*, por *la arquitectura y el color*. La multiplicación de estos términos dan un claro sabor de época a muchas de sus páginas críticas. Del simbolismo provenían en cambio sus no menos reclamadas calidades (tan imprecisas, tan "comparativas") de *musicalidad*, de *melodía*, su deleite al encontrar el *don de melodía natural*, *la espiritualidad melódica*. Es obvio, con todo, que Rodó sabía que la palabra del arte no puede pretender a todos estos valores al mismo tiempo y que ellos, diversamente, actuaban a modo de teclado sobre el que podía pulsar el empeño expresivo. Así se infiere, de modo bastante seguro, cuando, situándose en la empresa modernista, decía estar entre aquellos que deseaban devolverle *a la prosa castellana color, resalte y melodía*, pretendían *henchirla de sangre y encordarla de nervios*.

XII

Fue desde esta concepción de poesía y literatura y aun desde la más arriba apuntada de las funciones del arte y la belleza, que Rodó juzgó en particular obras y autores. Y aun lo puramente enunciativo o descriptivo se le hizo, como es frecuente y hasta inevitable, enfoque axiológico.

PROLOGO

Ocorre, sin embargo, por una parte, que todos los supuestos que aquéllas contenían las hacían más laxas y ecléticas de lo que suelen serlo; por otra, el mismo ideal de crítica que Rodó profesaba le haría abrir aún más el ángulo de sus evaluaciones.

Rodó, como ya se dijo, no integró a los materiales de "El Mirador", pese a haberlo planeado, las "Notas sobre crítica" de la "Revista Nacional". Advirtió, probablemente, que muchos pasajes de otros ensayos sostenían, en lo sustancial, idénticos pareceres. Porque son similares en éstos y en aquéllas la concepción de la crítica como capacidad de *identificación* (o "empatía", o "sinfronismo") con las obras — de *admiración*, de *simpatía*, de *solidaridad*, de *curiosidad*, habló — condición de esa comprensión desde dentro que el crítico debía poseer, de ese poder que alguna vez distinguió de *la falsa amplitud nacida de la incertidumbre escéptica o la palidez de alma*. Esencial le parecía ella para llegar al respeto de lo que la obra es y del temperamento que la promovió, enérgico rechazo del normativismo explícito que se comprende mejor si se recuerda qué cerca quedaba éste de las espaldas del Novecientos.

Pero la actitud crítica de Rodó no se redondea de modo suficiente sin ese reclamo que vuelve por su obra de manera obsesionante y que es el de *la amplitud*, sin esa ambición de *vencer todas las limitaciones eventuales e imaginables*. Representa, al fin y al cabo, una versión más del ideal ético del proteísmo y hace especialmente arduo comprender cómo no ha de conducir fatalmente al destibramiento valorativo, a esa *incertidumbre escéptica y palidez de alma* que tan estables le parecían.

Todo esto no sabría fundamentar en forma cabal — como no lo hace casi nunca para ningún crítico — la variedad de las apreciaciones rodonianas de “El Mirador”. Porque ellas son, en verdad, muy diversas, tanto las que convencionalmente se suelen llamar “estéticas” como las que, de modo también convencional, se rotulan como “extraestéticas”.

Entre las primeras, dejando de lado las tan previsible de “sinceridad” y “originalidad”, tiene su interés la que se halla implícita en la expresión *conjunto orgánico y viviente*, expidiendo una apreciación siempre esencial de animación, totalidad e insularidad. Referencia al valor funcional se hace en otro lugar, si bien Rodó cubra su empleo en el concepto spenceriano de *economía dinámica*.

Mucho más abundantes son las consideraciones de tipo “extraestético”, sobre todo en sus desarrollos sobre el romanticismo hispanoamericano y esa abundancia prueba fehacientemente la tensión entre una simpatía incoercible por el período y los dictados de su conciencia crítica. A ella conduce, por ejemplo, la valoración de una obra por su *intención*, o por su contenido histórico y testimonial, o por la personalidad de quien la creó, o por lo fecunda que fue; según lo tradujera el ser imitada, completada, continuada. Más difusas, por más íntimas y contextuales, pero, de alguna manera, también en la misma dirección, se pueden colocar varias apreciaciones de Rodó que resultan dictadas por motivos de piedad, de sugestión, de veneración infantil o adolescente, de intrincamiento en su propia formación.

Como ya era tan frecuente en su tiempo, ocurría en Rodó que la estimación — positiva o negativa — del

PROLOGO

medio que entorna a una obra se reflejase sobre el juicio de la obra misma, no faltando tampoco el proceso inverso, tanto, o más, peligroso. El "sociologismo" es una tendencia muy marcada de la crítica de Rodó. ¿Podía ocurrir de otro modo en quien recibió tan fuertemente el sello de Taine? Aunque, como es natural, es más en la dilucidación que en la evaluación que el sociologismo opera, y esto, también, ocurre en Rodó. Bien claro es el caso que marca su idea del *residuo genial*, ese "quid" inefable que sólo se precisa después de despejarse todas las determinaciones ambientales. Más ambiciosamente sociologista es, fuera de la crítica literaria, su concepción de las relaciones entre "el genio" y "la ocasión" y aún lo es más — casi un reduccionismo radical — su condicionamiento a circunstancias histórico-sociales de ciertos torcedores permanentes de la vida espiritual. Eso es lo que representa su aseveración de que la angustia romántica o el pesimismo "fin de siècle" se hallaban, en buena parte, privados de sentido, en un ambiente *que no daba de sí, en tierras prometidas al porvenir, rebosantes de vida y energía*. Afirmada la premisa mayor, es evidente que ella era demasiado radical para Rodó y que trataría de atenuarla. Así lo intentó, apelando a *un fondo humano que los hacía* (a esos tornasoles de espíritu) *capaces de trascender adondequiera que se sintiese y meditase sobre el misterio de las cosas y sobre los problemas de nuestro destino*.

Tampoco posee en Rodó validez exclusivamente literaria una perspectiva que no resulta desenfocado llamar "dialéctica", si es que se entiende este tipo de pensamiento en un nivel relativamente modesto. Tiene que ver con la inclinación, tan adentrada en él, a ver el aspecto positivo de todos los fenómenos y a consi-

liar eso que de bueno poseyeran en el plano — naturalmente más alto — en que la conciliación fuera posible. Así, en un enfoque más que nada prospectivo, vio Rodó aquellos elementos con que el naturalismo podía contrarrestar las deficiencias del romanticismo hispanoamericano. De su integración sintética en el interior de la literatura en que él mismo producía pudo, tal vez, dar fe y hasta abonar sus resultados. Similar imbricación con su historia intelectual posee la distinción que, en forma harto más explícita, realizó entre el “viejo” y el “nuevo” idealismo. Como lo precisó en una de las páginas más recordadas de “Rumbos nuevos”, el último se le aparecía como la reencarnación del primero tras haber pasado el fuego — y el enriquecimiento — de la antítesis positivista.

Según ya se adelantaba, con todo este repertorio de principios y normas — también con la inevitable consecuencia que va de la teorización al juicio concreto — Rodó, como cualquier otro crítico, pudo equivocarse o acertar mucho. Más de una vez (el de Emir Rodríguez Monegal entre ellos) se ha realizado el balance de los aciertos y errores críticos de Rodó. Para circunscribirnos a “El Mirador”, se pueden considerar hoy justos los dictámenes sobre Galdós, sobre Jiménez, la reflexión lateral sobre Tolstoy, las omisiones observadas a Ugarte, el juicio sobre García Calderón y la general discriminación — escasamente revisable — con que apreció, respetando y a la vez poniendo en su lugar, a los románticos rioplatenses. Justas, igualmente, y casi siempre agudas, fueron sus caracterizaciones de movimientos y estilos y sus pareceres sobre lo positivo o negativo de su significación en América, ya fueran ellos elasicismo o romanticismo, naturalismo o modernismo.

PROLOGO

Ligeramente exageradas pueden resultar hoy las alabanzas a Montalvo que el ensayo epónimo contiene (aunque muchas de ellas estén hábilmente matizadas) y más que discutible el elogio a los personajes de "La raza de Caín", no en lo de ser interesantes sino en su verdad real; digamos: en su no dependencia a una tesis de la cual serían portavoces puntuales.

Más que exageradas, desmesurados y hasta insostenibles parecen hoy otras opiniones de Rodó. Porque pertenece al orden de lo arcano, a estar a sus conatos éditos, el que Juan Carlos Gómez pudiera haber sido un gran escritor. Al de lo fallido, pronosticar un gran futuro poético al prologado vate de 1902, al de lo erróneo, haber visto en alguien que no fuera Sánchez la fundación de un teatro nacional. Son más generalmente gustos de época, de aquellos que puede exigirse a un crítico verdaderamente agudo que no pague tributo, su devoción a Daudet (*aunque no para las plegarias grandes*) y más aún la adoración que al parecer profesaba a Anatole France y a la cual ya se ha hecho referencia. Y pertenecen, en cambio, a la fuerza de una tradición asumida desde la adolescencia, los encomios, que al sesgo de todas las reservas, se le escapan de algunos románticos europeos o hispanoamericanos. Le ocurrió con el Byron más perecible, con Ricardo Gutiérrez, con Andrade y su insuperable *vuela lírico*, con la *inmortal revelación* de José Zorrilla.

Tales desmesuras contrastan con ciertas cegueras al valor que Rodó sufrió, si bien es verdad que no existe crítico que no las haya tenido y Marcel Proust pudiera dejar un sabroso inédito sobre aquel Sainte Beuve que tanto el uruguayo admiraba y que, elogiando a muchas nulidades de su tiempo pasó casi sin verlos junto a Stendhal, Balzac y Baudelaire, los tres

PROLOGO

grandes que con él coexistieron. En el caso de Rodó pueden señalarse varias pero tal vez ninguna más grave que aquella en que incurrió con la poesía gauchesca (*el canto plebeyo*, como él la llamaba) y su expresión suprema del "Martín Fierro". Que era *sabrosa relación afeada por el modo de decir del hombre de campo*, fruto de una *preocupaciónseudorrealista* es todo lo que creyó tener que manifestar de este poema que al juicio más lúcido es una de las dos o tres obras cimeras de nuestra lengua, ejemplo soberano de épica popular, nutrida con la más honda savia arquetípica, trascendida expresión de la derelicción y el desarraigo humanos, la saga impar del drama de los pueblos del ancho mundo marginal y de su aplastamiento bajo el curso de la modernización europea.

XIII

Pero se dirá: hay que entrar en este mundo de sugerencias y de problemas que "El Mirador" contiene, hay que recorrer este repertorio de ideas, que tal vez no le interesaban *por sí mismas* — como anotaba de su biografiado Montalvo — sino como cohonestadoras de una postura cultural, como materiales de poco desbastar.

Sin embargo, para penetrar en este ámbito y transitarlo holgadamente, el lector contemporáneo tiene que adaptar sus pulmones a una marcha estilística desusada, a una escritura que parece contrariar todos sus hábitos y chocar, en más de un punto, con normas que, en la literatura de ideas, resultan universales.

Simultáneamente irrumpe a nuestro juicio la convicción de que Rodó era un completísimo escritor y

de que en su estilo obran elementos que hoy resultan disfuncionales para su plena fruición y comunicación.

Si se cree útil indagar en las razones de esa contradicción, se hace inevitable empezar calibrando ese ideal de "escritura artista" que flotaba en el aire del 900, ese deliberado situarse en las dilatadas fronteras de la ciencia y el arte, donde se entrelazan de mil modos distintos la verdad y la belleza, suscitando obras intermedias, singularmente adecuadas a nuestro gusto, a nuestras necesidades espirituales. Que ni nuestro gusto ni nuestras necesidades espirituales se inclinen hoy a esta mixtura ya es una adversidad para este flotante género; la tendencia presente al limpio deslinde de los tipos expresivos es un factor de alejamiento respecto a este señuelo que Rodó siguió tesoneramente. Sin embargo, tal vez no sea tan decisiva la senectud general de tal modalidad como la fuerza que hacen las muchas ocasiones en que se percibe demasiado transparentemente la voluntad de "vestir" las ideas y alcanzar "fortísimos" expresivos mediante símbolos y comparaciones. Pues es posible defender — aunque el tema daría para mucho — que el mayor peligro que Rodó amenazaba era esa su firmísima creencia en su *aptitud para transformar en imagen toda idea*. Los frutos de esa aptitud — y al análisis no escaparía ni el famoso pasaje final de "Ariel" — pudieran ratificar que muchas ostensibles fallas fueron hijas de aquella credulidad.

Resulta, sin embargo, lo más conspicuo del estilo rodoniano — y el libro lo muestra a través de casi veinte años — ese empaque sintáctico que sólo cree posible mantener la dignidad del tono por medio de largas cláusulas engrosadas por un movimiento irrimprimible de multiplicación de cada uno de los elementos. Es así habitual en Rodó que el sujeto, el verbo,

el complemento se abran en abanico y las oraciones, en función de cada uno de ellos, dilaten aún más la extensión total; cada una, a su vez se adosará formas adjetivas o adverbiales que agreguen al parecer imprescindibles matices a toda la complicada armadura del conjunto. Otras veces, lo que pudo funcionar como dos cláusulas independientes separadas por punto y mayúscula se yuxtaponen con el punto y coma; cuando ello ocurre — como muchas veces sucede — con miembros ya sobrecargados, la tensión (incluso visual) del lector llega a nivel muy alto. En ocasiones, la estructura anafórica es más flúida y clara, al reiterarse como oraciones independientes separadas por punto, el verbo de un mismo sujeto o una oración de variable función. Pero tampoco faltan las largas frases parentéticas que pueden extraviar el sentido de un párrafo entero y no siempre están bien delimitadas.

Otros elementos operan en la prosa de Rodó, sin embargo, que embarazan más el gusto del lector actual, ya que no es cánón del buen escribir la frase breve y existen tipos de pensamiento — disgresivos, arborescentes, arracimados, encarnizados con el matiz — que requieren la extensión sintáctica. Menos funcional que este posible pero justificable obstáculo, es el horror de Rodó por el final abrupto y contundente. Es un trazo regular de su prosa el cuidado por la conclusión amplia y cadenciosa que, mediante una comparación, una alusión, una duplicación, trataba de dejar el párrafo en una especie de trémula vibración ascendente.

Es claro que este fenómeno general de la duplicación no deriva de un gusto mecánico por la sinonimia: Rodó parece haber escrito tanto bajo la obsesión de la palabra exacta como bajo la desesperanza de hallarla; los dos torcedores le llevaban a multiplicar las va-

PROLOGO

riantes para que, entre todas las versiones de la idea o la impresión, el lector pudiera no perder nada del matiz buscado.

En consonancia con todo esto, Rodó gustaba de los amplios ritmos sintácticos y en ocasiones alcanzó felices efectos cuando el contenido significativo coincidía naturalmente con ellos. Atiéndase, por ejemplo, a la mención al Amazonas y al Plata en "Iberoamérica" o al hermoso pasaje que en el ensayo sobre Bolívar reseña los triunfos del personaje y la parábola de su carrera. Pero léase también el final mismo de ese estudio y se verá hasta qué punto esos "crescendos" rítmicos pueden resultar artificiosos y fallidos.

Sin embargo, en este análisis de la distancia que el lector contemporáneo es pasible de sentir ante la prosa de Rodó, no debe rebajarse la significación del lenguaje. Porque hay en él, para comenzar, un gusto académico por los superlativos (en los *florentísimos*, *gallardísimos*, *lucidísimos*, *blanquísimos*, *costosísimos*, *oportunistísimos*...), pero el empaque clasicizante se expide también en un exceso de *ingentes*, *imperecederos*, *soberanos*, *gloriosos*, *magníficos e inmortales*, y en el aún más característico uso del adjetivo *grande* en anteposición (*grande tradición*, *grande ruta*, *grande amistad*...).

De distinto oriente es otra variedad terminológica que se hace difícil definir si no es con el dudoso adjetivo que es "remilgado", aunque es posible que el "mièvre" y la "mièvrerie" francesas lo ciñan mucho mejor.

Y es, en sustancia, el brío, el deleite con que se reiteran a lo largo del libro un manojo muy coherente de calificativos: *precioso*, *exquisito*, *deleitoso*, *trémulo*,

voluptuoso, sutil, capitoso, blando, terso, cincelado, esbelto, donoso, gallardo, ático, refinado, gracioso...

Esta lista es de heterogénea procedencia pero no es desacertado señalar en ella una inesperada presencia del Rococó.

No tan inesperada. Porque con este gusto adjetivador Rodó se situaba muy plenamente en el Modernismo y más que casuales — aunque nunca hayan sido estudiados — son los contactos entre Rococó y Modernismo. Más en general, y como ya se ha expuesto muchas veces, resulta claro que si Rodó rechazaba la vaciedad intelectual y el decorativismo de buena parte del elenco modernista, participaba, también y en grado muy cabal, de sus valores estéticos. Rasgos, casi siempre breves, del mejor Modernismo hay en “El Mirador” — recuérdese, por ejemplo, aquella *moneda en que agoniza en oro un busto de rey*.

No dejan de tener relación con los prestigios literarios de su tiempo algunos otros rasgos, como el abuso galicista del pronombre o el manejo de expresiones francesas bastante desgastadas, mientras se relaciona mucho más directamente con las posturas ideológicas antes examinadas la otra incómoda profusión de *lo vulgar* y *lo plebeyo*, *lo grosero*, *lo ideal*, *lo aristocrático* que en el libro campea.

Todas estas modalidades, debe señalarse, se hicieron más persistentes, más voluntarias, en ciertas páginas breves de intensa voluntad estilística o en algunos textos como el “Montalvo”, en los que las características del propio escritor estudiado parecerían haber planteado a Rodó el desafío de escribir con parejo esplendor, con similar opulencia “castiza”. Otras páginas, y es el caso del discurso sobre el Centenario de Chile, el informe sobre el trabajo obrero o “Rum-

PROLOGO

bos nuevos", resultan mucho menos recargadas, más límpidas, directas y cercanas a nuestro gusto.

Claro que esto no significa plantear — ni siquiera insinuar — la existencia de un Rodó auténtico y uno desorbitado, de uno "bueno" y uno "malo". Su repertorio estilístico, como el de todo escritor cabal, era variado y tanto con la parte de él que el lector de un tiempo determinado percibe fluidamente como con la que lo rechaza, debe integrarse la esfera completa de su alta entidad literaria.

Carlos Real de Azúa

JOSE ENRIQUE RODO

Nació en Montevideo el 15 de julio de 1871, hijo de José Rodó y de Rosario Piñeiro. Cursó estudios primarios en la Escuela "Elbio Fernández", e ingresa hacia 1885 en la Universidad, que abandona sin concluir el bachillerato.

Publica sus primeros escritos en la "Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales" (1895-1897), de la cual fue fundador y co-director. En 1897, da a las prensas *La Vida Nueva*; en 1899, *Rubén Darío*, y a comienzos de 1900, *Ariel*, de extraordinaria resonancia en el ámbito de habla española.

Dicta desde 1898 hasta 1901, la Cátedra de Literatura en la Sección de Estudios Preparatorios de la Universidad. En julio de 1900, integra la Comisión Honoraria destinada a proyectar la reorganización de la Biblioteca Nacional, y se hace cargo, interinamente, de la dirección de este instituto.

Atraído por la política, escribe en "El Orden", que apoya la gestión del Presidente Provisional Juan L. Cuestas. Forma parte en 1901, del grupo que pugna por la unificación del Partido Colorado y es fundador del "Club Libertad". Ocupa una banca de Representante por Montevideo en la XXI Legislatura (1902-1905); es reelecto y renuncia a su cargo en febrero de 1905. En 1907 preside el "Club Vida Nueva" y es nuevamente electo Representante para la XXIII Legislatura (1908-1911). Reelecto para la XXIV Legislatura (1911-1914), hacia 1912 se aparta de las directrices oficialistas de su partido, a las que combate desde el "Diario del Plata".

Mientras tanto había publicado *Liberalismo y Jacobinismo* (1906), *Motivos de Proteo* (1909), y *El Mirador de Próspero* (1913). En setiembre de 1910 asistió como Delegado Especial de la República a la celebración del centenario de la independencia de Chile. En 1912, la Real Academia Española le nombró Correspondiente Extranjero.

En 1914 pasa a colaborar en "El Telégrafo". El 14 de julio de 1916, viaja a Europa como corresponsal de "Caras y Caretas". Visita Portugal y España; en Italia enferma gravemente, falleciendo en Palermo (Sicilia), el 19 de mayo de 1917.

Aparte de los títulos citados, luego de la muerte del autor se editó *Desde Europa* (San José de Costa Rica, 1918), y la Editorial "Cervantes" publicó *El Camino de Paros* (Valencia, 1918), *El que vendrá* (Barcelona, 1920), *Hombres de América* (Barcelona, 1920) y *Nuevos Motivos de Proteo* (Barcelona, 1927), mezclando escritos que aún no habían sido impresos en libro, con otros ya conocidos. Asimismo se editó parte de su correspondencia: *Epistolario* (París, 1921). *Ultimos Motivos de Proteo*, fue impreso en Montevideo en 1932, y en 1945, *Los escritos de "La Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales"*. *Poesías dispersas*.

CRITERIO DE LA EDICION

El Mirador de Próspero ha sido publicado repetidas veces, siendo las ediciones anteriores las siguientes: Montevideo, José María Serrano, 1913; Madrid, Ed. América, s. d.; las varias reimpresiones de la Ed. Cervantes en Valencia y Barcelona, las ediciones de Claudio García y Cía., en Montevideo, 1939 y 1944, y la de Montevideo, Ministerio de Instrucción Pública, 1958.

Para la presente edición se ha utilizado el texto de la primera de las nombradas, purificándole de alguna errata.

J. P. B. y B. N.